



Cuadernos de Ilustración y Romanticismo

Revista Digital del Grupo de Estudios del Siglo XVIII

Universidad de Cádiz / ISSN: 2173-0687

n° 28 (2022)

POLÍTICA Y CULTURA EN EL TRÁNSITO ENTRE EL ANTIGUO RÉGIMEN Y EL LIBERALISMO. LA ACTIVIDAD Y EL TESTIMONIO DEL LITERATO JOSÉ MUSSO VALIENTE (1785-1838)¹

David GARCÍA LÓPEZ

(Universidad de Murcia)

<https://orcid.org/0000-0001-9511-7137>

Recibido: 16-6-2021 / Revisado: 21-2-2022

Aceptado: 21-2-2022 / Publicado: 25-11-2022

«los muertos en tan largo tiempo me ocupan mucho,
aunque para la mayor parte, basta para su memoria
la partida del finado en su parroquia»
[carta de Martín Fernández de Navarrete a José Musso]

RESUMEN: Poco conocido actualmente, el literato José Musso Valiente (1785-1838) fue un personaje de enorme actividad en las tramas culturales y políticas de los años veinte y treinta del siglo XIX, una época especialmente convulsa de nuestra historia. Tras el trauma de la Guerra de la Independencia, el autor lorquino entró de lleno en la política y la literatura durante el Trienio Liberal y, a lo largo de la Década Ominosa y la posterior implantación del sistema liberal, trabó relación con una gran parte de los personajes preponderantes del momento. Especialmente interesante para lograr un fresco del periodo es la lectura de sus escritos autobiográficos, todavía inéditos en gran parte y que, junto a su copiosa correspondencia, ofrecen un panorama privilegiado de unos años de grandes cambios sociales y políticos.

PALABRAS CLAVE: José Musso Valiente (1785-1838), Actividad cultural entre los siglos XVIII y XIX, Liberalismo, Fernando VII (1784-1833), Arte y patrimonio.

¹ Este trabajo se ha llevado a cabo en relación al Proyecto de Investigación I+D «La creación de un nuevo relato: críticos e historiadores del arte (1772-1838). Escritos e imágenes», PID2019-107170GB-I00.

POLITICS AND CULTURE IN THE TRANSITION BETWEEN THE OLD REGIME AND THE LIBERALISM. THE ACTIVITY AND LEGACY OF THE WRITER JOSÉ MUSSO VALIENTE (1785-1838)

ABSTRACT: The unknown writer José Musso Valiente (1785-1838) was a key person involved in the cultural plots developed by the political activity during the twenties and thirties of the nineteenth century, a particularly turbulent time in our history. After the War of Independence trauma, the Lorca's author fully entered the literary world and politics. This opportunity allowed him to establish plenty of relationships with the most influential people over the Liberal Triennium, the Ominous Decade and along with the implantation of the Liberalism. His unpublished autobiographical writings and correspondence reckon a privileged overview of the great social and political changes over this time.

KEY WORDS: José Musso Valiente (1785-1838), Cultural and political activity between eighteen and nineteen centuries; Liberalism, King Ferdinand VII (1784-1833), Art and Heritage.

HIJO DEL SIGLO Y TESTIMONIO BIOGRÁFICO DE TODA UNA ÉPOCA

En 1827, cuando ya llevaba varios años viviendo en Madrid, José Musso comenzó a escribir su prolijo diario, una actividad que no abandonó hasta poco antes de la enfermedad que lo llevó a la muerte a fines de julio de 1838 (Puente, 1838: 36). Aunque no ha llegado completo hasta nosotros, sí se conserva la mayoría de su texto, testigo excepcional de su actividad política y cultural, de su copiosa correspondencia, de las conferencias y conversaciones con amigos y conocidos, desde el rey hasta los ministros, literatos, políticos o artistas de su tiempo. Todo personaje significativo de la vida contemporánea aparece por las páginas del *Diario* de Musso, quien desgrana cada uno de estos años en cientos de páginas, lo que convierten el conjunto de su escrito en un mar de datos, en un testimonio sin parangón de esos años singulares.

Y esto no es todo, puesto que, hacia el final de su vida, Musso quiso llevar a cabo otro escrito de reflexión personal, o quizá se arrepintiese de no haber comenzado mucho antes la redacción de ese *Diario* que se había convertido en su actividad más preciada. De ahí que en abril de 1837 decidiera redactar una autobiografía que tituló *Memorial de la vida*, en el que trazó su existencia hasta 1830 —el momento del difícil regreso a su Lorca natal—, y que seguramente dejaría inconclusa, pero que, en definitiva, completaba el círculo de su ciclo biográfico (Molina, 2000; Caballé, 2015: 229-233).²

Aunque gracias especialmente a los trabajos de Fernando Durán, ahora sabemos que los relatos autobiográficos y memorialísticos no son tan excepcionales como se creyó antaño (Durán, 1997), no cabe duda de que la obra de Musso en este campo es extraordinaria. Personaje secundario, pero siempre presente en las distintas tramas de la política y la cultura de su tiempo, su testimonio es tanto más singular porque, gracias a sus relaciones, se nos abre una ventana vívida a toda una época, en la que la consideración del nuevo papel de la cultura, a través de la literatura y el arte, ilumina el trasfondo social y político.

² Del *Diario* de Musso se conservan los años 1828-1831, 1832 (incompleto), 1833, 1834, 1836 y 1837, en el Archivo Municipal de Calasparra (en adelante AMC). Junto a José Luis Molina Martínez estamos finalizando una edición íntegra de dicho *Diario*. El *Memorial de la vida* fue transcrito en Musso, 2004: 1 331-494; donde también se incluyó el año 1829 de su *Diario* (Musso, 2004: 1 75-230).

Así, su voz va describiendo el paso del Antiguo Régimen hasta el Estado Liberal, un camino que transcurre a través de la Guerra de la Independencia, los periodos absolutistas de Fernando VII, el Trienio liberal, y la nueva sociedad que se vislumbra durante la regencia de María Cristina de Borbón. Y todo ello recogido en unos escritos que cumplen la doble vertiente de este tipo de discursos, la memorialística y la autobiográfica (Escobar y Álvarez Barrientos, 1994: 61-68). Pues Musso no solo nos describe el mundo a través de su yo (pocas veces realmente íntimo), acompañado de su círculo familiar y amistoso, de sus lecturas y aficiones, sino que también sabe desplegar un panorama que amplía el horizonte y analiza la sociedad circundante y el difícil equilibrio político de los diferentes protagonistas, en un mundo en constante zozobra.

La traumática experiencia de la Guerra de la Independencia, fue un impulso poderoso para la creación de unos relatos pormenorizados de la experiencia personal que vivieron muchos de sus protagonistas, especialmente los que necesitaban explicar su conducta por haber participado en la administración de José Bonaparte (Artola, 1957). Las autobiografías y memorias se convirtieron en un género tan extendido que ya Mariano José de Larra podía parodiarlo en 1836, cuando reseñaba los recuerdos literarios de Manuel Godoy (Caballé, 2005). No hay duda de que la crisis del Antiguo Régimen fue interiorizada y convertida en materia autobiográfica por muchos de los que la experimentaron (Durán, 2004).

Musso fue un personaje que vivió en primera persona los profundos cambios sociales y políticos de su generación. Hijo de uno de los mayores terratenientes de su región, nació y se educó en una sociedad todavía estamental, pero desde su juventud sufrió las guerras y revoluciones que terminaron por periclitarse ese mundo. Si gozó del mando político, también conoció la persecución y el exilio. Experiencias que le obligaron a adaptarse a las cambiantes circunstancias, pero sin dejar de perseguir el objetivo de seguir ocupando el puesto de privilegio al que creía tener derecho en la sociedad. Su voluntad dirigente también se afirmó a través de su vocación erudita, en su apego al estudio y la literatura, que siempre vivió como actividad elitista, de ahí que entendiera con naturalidad la plasmación de esos anhelos en la pertenencia a las academias reales, el lugar reservado para los estudiosos de la nación. Musso perteneció a las Reales Academias de la Historia, Española, San Fernando, Grecolatina y de Ciencias Naturales, y su actividad en estos establecimientos, como veremos más adelante, también es una muestra elocuente de los engranajes que movían la literatura y la política de la época.

Como otros personajes moderados de su tiempo, Musso pasó de la alegría por el compromiso constitucional de 1820, al horror contra los liberales exaltados a partir de 1822, cuando los «jacobinos» se convirtieron en la peor pesadilla de las mentalidades conservadoras. A esta ideología perteneció sin fisuras, compartiendo el temor y la aprensión que a muchos producía la revolución, el miedo a que los cambios de esos años pudieran descontrolarse sin retorno. Espectador privilegiado ante la reacción de 1823 y 1824, trató de colaborar con el régimen fernandino durante los años siguientes. Musso tuvo amplias amistades entre los personajes que empezaron a contar en los años finales de dicho régimen, cuando se trató de iniciar un leve aperturismo. Especial relación de cercanía tendría con muchas de las personalidades del antiguo partido afrancesado —como él vinculados al mundo de la literatura y la cultura en general—, que durante esos últimos años de gobierno de Fernando VII, obtendrían una influencia creciente alrededor del ministro de Hacienda Luis López Ballesteros, preparando las reformas necesarias tras la muerte del Rey (Luis, 2002: 209-217). De ahí que conservemos una copiosa correspondencia de Musso con Sebastián de Miñano, Alberto Lista o Félix José Reinoso, entre algunos otros. Ellos le apoyarían cuando otro de los suyos, Javier de Burgos, llegara al gobierno en el ministerio de Fomento en 1833. Entonces Musso se convirtió en gobernador provincial

de Murcia y Sevilla entre 1834 y 1835, dentro de la nueva distribución territorial propiciada por el ministro granadino. Después, formaría siempre entre las filas de los liberales moderados encabezados por Francisco Martínez de la Rosa. En su *Diario* relatará por menorizadamente el ambiente político de 1836, la lucha despiadada por las elecciones de ese año y, a la postre, el miedo generado entre los conservadores por la revolución de ese verano, que auparía de nuevo la constitución de 1812.

Durante buena parte de los años 20 y 30, Musso convivirá en Madrid con los personajes más destacados de la literatura, la política y las artes, siendo vecino de artistas como José de Madrazo o de políticos como Martínez de la Rosa o Francisco Javier Istúriz. Compartió espacios y ocios con literatos, artistas y políticos de varias generaciones, con todos ellos estuvo en cafés y tertulias, acudió al teatro y a la ópera, a las fiestas de máscaras y al circo, visitó el Museo del Prado, el Gabinete de Historia Natural o recorrió melancólicamente el Casón del Buen Retiro, mientras contemplaba los ya casi evanescentes frescos de Lucas Jordán, que en otro tiempo habían sintetizado el canto del cisne de las glorias artísticas patrias. De todo ello dejó memoria en sus escritos autobiográficos y en su abundante correspondencia.

El análisis de sus amistades y relaciones nos permite entender cómo estas fueron fundamentales para permitirle el acceso a las academias reales y a las iniciativas culturales que, en buena medida, estaban directamente relacionadas con el desarrollo de la política contemporánea. Lo que se hizo todavía más evidente con el advenimiento de los nuevos establecimientos culturales del incipiente Estado Liberal, como el Ateneo Científico y Literario —en cuya reunión inaugural ya estuvo presente— o el Liceo Artístico y Literario. Poblados de políticos y escritores, en ambos tuvo Musso un papel preponderante. Siempre se mostró dispuesto para formar parte de las instituciones que promovieran el saber y la cultura o, al menos, tal y como los miembros de la élite social de su tiempo las entendieron. Un pie en las viejas academias de la monarquía borbónica, el otro en los centros culturales del mundo nuevo que se abría ante el liberalismo triunfante y al que, sin duda, era necesario vincularse, siempre en la versión moderada.

Como muchos de sus contemporáneos, también demostró su pasión por los periódicos. Voraz coleccionista y lector de los cotidianos de todo tipo, participó con su pluma en artículos de crítica histórica, literaria, artística o política. Aunque la mayoría de sus textos quedaron manuscritos y solo se han rescatado modernamente (Molina, 2004), Musso publicó lo suficiente para ser bien conocido en los medios intelectuales de su época, pues participó en varios proyectos culturales de la mayor trascendencia, desde la edición de las *Obras completas* de Leandro Fernández de Moratín (1830-1831), a la redacción de la mayoría de los textos de la *Colección litográfica de los cuadros del Rey de España* (1826-1837), dos de las iniciativas más prestigiosas con las que el régimen fernandino quiso ofrecer una imagen de protección a las artes y las letras. Ambas obras, como veremos, le ofrecieron un acceso privilegiado al monarca, a sus hermanos los infantes y a algunos miembros de su camarilla, lo que intentó aprovechar en su beneficio sin conseguir más que el nombramiento honorífico de Gentilhombre de cámara. Para acceder al poder político debería esperar a la muerte del rey.

La *Colección Litográfica*, a la que se dedicó desde 1828 hasta su extinción en 1837, fue —como él mismo reconoció— la publicación que le proporcionó mayor fama y visibilidad (Musso, 2004: I 477), de ahí que su nombre estuviera especialmente ligado a la historia de las bellas artes para sus contemporáneos (García López, 2022). Así nació una estrecha relación con las dos primeras instituciones que regían el horizonte de las bellas artes en nuestro país: la Real Academia de San Fernando y el Museo del Prado. La admiración de sus textos para la *Colección Litográfica* por parte del poderoso comisario

de Cruzada y viceprotector de dicha Academia, Manuel Fernández Varela, le abrió las puertas la institución del Palacio de Goyeneche en julio de 1830. Especial relación tendría Musso con el Real Museo al serle encargada la primera redacción de varios de los catálogos de sus piezas, especialmente el de la pintura flamenca y holandesa. Aunque durante años esperó su publicación, finalmente solo serían aprovechados por Pedro de Madrazo en el catálogo de 1843.

Aunque ahora nos sea prácticamente desconocido, la singularidad de la figura de José Musso no pasó inadvertida para sus contemporáneos, y buena muestra de ello fue el anuncio de su fallecimiento, que se insertó en varios de los periódicos del momento. En él se enaltecía su labor de literato, tan útil para el desarrollo de la nación: «La literatura española ha perdido en él un distinguido escritor, la patria un excelente ciudadano, y la sociedad entera uno de sus más apreciables individuos», mientras en la noticia de su entierro se alababa «su incomparable mérito, por sus muchos conocimientos y su extraordinaria laboriosidad».³ Las hazañas militares de otros tiempos habían quedado relegadas y el modelo de ciudadanía que el liberalismo heredaba de la Ilustración, estimulaba el patriotismo de los lectores en torno a unos nuevos héroes que, a través de sus escritos y estudios, conformaban un modelo de emulación que Musso encarnaba a la perfección para sus coetáneos.

Así se advierte en que al poco de su muerte, ya se le dedicara una primera biografía en la prestigiosa *Revista de Madrid*, en la que el mismo Musso había colaborado poco antes.⁴ Esta biografía, realizada por su amigo Fermín de la Puente, aparecería publicada como libro independiente ese mismo 1838 (Puente, 1838). En los años siguientes, Musso continuaría siendo recordado en algunos de los repertorios biográficos más prestigiosos de su tiempo, lo que nos da una idea de la presencia y trascendencia del personaje. Una versión reducida de la biografía de Fermín de la Puente fue incluida por Eugenio de Ochoa en sus prestigiosos *Apuntes para una biblioteca de escritores españoles contemporáneos en prosa y en verso*, donde también se transcribieron algunos de sus escritos (Ochoa, 1840: I 17-43 y II: 509-521). Todavía más significativa es la biografía que se le dedicó en la *Galería de Españoles célebres contemporáneos* de Nicomedes Pastor y Francisco de Cárdenas, donde Musso aparece a la par de los grandes literatos y políticos de la época, muchos de ellos amigos suyos (Pastor y Cárdenas, 1845: 281-339). Y algunos contemporáneos ya se dolían de que no se diesen a «la luz pública» los muchos manuscritos de sus obras que conservaba la familia (Saavedra, 1844: 28). Igualmente, Bermúdez de Castro y Bretón compusieron poemas homenajeándole. Nuestro personaje, por lo tanto, era conocido por todos y parangonado a los escritores más prestigiosos de su tiempo, de los que se debía guardar memoria por los beneficios que sus estudios habían significado para la nación.

Además, su interés por la literatura, las artes y las ciencias, permitieron a Musso moverse en un medio extraordinariamente sugerente, germen de las transformaciones de la vida cultural española de esos años, solapado con la política contemporánea (Álvarez Barrientos, 2004). Literatura, artes y política estrecharon unos lazos indisolubles, abriendo unas tribunas que los grupos de poder supieron aprovechar en su beneficio. Multiacadémico, como muchos de sus colegas y amigos, a través de sus relaciones sociales entró a formar parte de la Real Academia de la Historia, el primer escalón a través del que fue forjando unas sólidas amistades que le auparon para ser miembro de otro buen número de instituciones.

³ Por ejemplo en *La España*, nº 395, miércoles 1 de agosto de 1838, y *El Correo Nacional*, nº 168, jueves 2 de agosto de 1838. Sobre su entierro, *Gaceta de Madrid*, 2 de agosto de 1838.

⁴ *Revista de Madrid*, 1838: I 131-154.

Además, Musso siempre contó con el apoyo de su hermano Pedro Alcántara. Militar de carrera que, habiendo acabado la Guerra de la Independencia con el grado de coronel, fue destinado a la secretaría de la Inspección de la Guardia Real Provincial en 1824, bajo el conde de San Román (Chamorro, 1851-1854: III s. p.). Pedro Alcántara Musso estuvo siempre bien informado de las opiniones de la Corte y las noticias que transmitió a su hermano fueron fundamentales para su comportamiento político durante el reinado de Fernando VII y en los críticos momentos posteriores al fallecimiento del monarca.

LA VOCACIÓN LITERARIA Y POLÍTICA

Nacido en Lorca en 1785, e hijo primogénito de José María Musso Alburguerque (1761-1815), gran terrateniente de la comarca, y Joaquina Pérez-Valiente y Brost (1756-1833), hija de los condes de Casa-Valiente, se educó desde 1795 en el Seminario de las Escuelas Pías de San Fernando de Avapies en Madrid. Además, también acudió a los cursos de matemáticas que se leían en la Real Academia de San Fernando entre 1799 y 1801 (Molina, 1999a). En el Madrid de su infancia todavía vivía su abuela materna, Francisca Jacinta Brost y Varona, viuda de Pedro José Pérez Valiente (1713-1789), consejero de Castilla y un personaje de gran importancia en el mundo del derecho y la administración pública de la segunda mitad del siglo XVIII quien, además, llegó a atesorar una magnífica biblioteca (Quintanilla, 2000). Los padres de nuestro protagonista, eligieron a este personaje como modelo para la educación del niño. Lo cierto es que, desde muy joven, Musso tuvo un gran interés por la literatura, la historia y, en general, por todo tipo de saberes, de letras y ciencias, además de ser un precoz cultivador de la poesía.

Nada más declararse las hostilidades de 1808, acompañó a su padre para entrevistarse en Murcia con el conde de Floridablanca y, como persona principal de la región, fue nombrado miembro de la Junta murciana. Tras la muerte de su progenitor en 1815, ocupó los puestos de la administración local que estaban destinados a las élites locales, tal y como había hecho su padre. Especial importancia para él tuvo la llegada de Pedro de la Puente como autoridad gubernativa de Lorca en los primeros meses de 1816, pues se convertiría en uno de sus mejores amigos. Una amistad que, además, se trasladaría también a su hijo, Fermín de la Puente, su primer biógrafo.

Fue también por esos años cuando Musso comenzó a publicar en la prensa a través de otro de sus conocidos, el también murciano Pedro María Olive (1768-1843), con quien había coincidido durante la guerra. Este escritor y traductor dirigió varias empresas periodísticas, entre otras la prestigiosa *Minerva o el Revisor General*, que se había publicado entre 1805 y 1808 y que consiguió reflotar entre 1817 y 1818 (Cavaillon, 2009). Para esta revista pidió distintas colaboraciones a Musso, que vio publicados allí algunos versos y traducciones. Especialmente interesante fue el epitafio que dedicó a Juan Meléndez Valdés, fallecido en 1817. No solo es muestra de su interés por la poesía del antiguo afrancesado, sino que su texto se convierte en la reivindicación de un gran autor español que había fallecido en el exilio. Mientras era homenajeado en el extranjero, escribía Musso, permanecía en el olvido en su propia patria, tan necesitada de referentes culturales que engrandecieran a la nación (Musso, 1817).

Pero, como otros miembros de su generación, el gran salto de Musso a la literatura y la política, se produjo tras el establecimiento del nuevo régimen constitucional de 1820. Él también entendió que se trataba de un gran paso en la modernización del país pero, a la vez, advirtió de los peligros del radicalismo de algunos de sus protagonistas a los que, como otros contemporáneos de talante conservador, denominaría continuamente «jacobinos» o, simplemente, «canalla». A instancias del gobierno se pidió a su amigo

Olive la fundación de un periódico, *El Mensajero*, que pretendía mantener una tendencia liberal templada, dentro de un moderado constitucionalismo. Para esta publicación pidió de nuevo colaboraciones a Musso quien, incluso, comenzó un análisis de la constitución que no se llegó a publicar, pues el nuevo periódico apenas se imprimió entre los meses de mayo y junio de 1820. Sin embargo, y con la ayuda de Olive, el autor lorquino decidió presentarse al concurso de elocuencia de la Real Academia Española, que ese año propuso el tema de la superioridad del gobierno constitucional al absoluto. Musso obtuvo el premio con un escrito en el que enaltecía a Fernando VII como rey constitucional (Musso, 2004: III 249-267).

Aunque ya antes había señalado que se preparaba en unos conocimientos que le permitiesen, algún día, entrar «con lucimiento» en las Cortes, es significativo que Musso uniera en su relato autobiográfico la notoriedad que le dio la conquista del concurso académico y el nacimiento de su ambición política, pues en ese momento se intensificó su deseo de combatir la rama del liberalismo extremo que había dominado Lorca desde 1820: «Este escrito me dio alguna fama y con ella vino a despertarse mi ambición» (Musso, 2004: I 393). El relato de su controvertida actuación política en esos años es uno de los leitmotivs de su *Memorial* autobiográfico, de ahí la descripción pormenorizada que Musso llevó a cabo de ese periodo turbulento, pues su objetivo era justificar unas acciones que terminarían con la suspensión de su mandato en el ayuntamiento lorquino por parte de las Cortes nacionales.

Su narración es verdaderamente elocuente de las formas políticas de la época. La reunión de algunos notables en la capital provincial formalizó la creación de un partido que trató de oponerse a los «jacobinos» de Lorca y, tras perder las elecciones al congreso, que atribuyeron a las «trampas» de sus oponentes, se decidieron a echar el resto en las elecciones al ayuntamiento, en las que además de prometer la eliminación del pago de las contribuciones, se creó un fondo para gratificar a los votantes de más escasos recursos. A pesar de que el partido contrario también repartió grano y dinero para comprar las voluntades de los ciudadanos, Musso señala sin ambages que «en esta parte no podían competir con nosotros». En la jornada de votaciones de diciembre de 1821, nuestro protagonista también contó con el apoyo incondicional de su hermano Pedro Alcántara, quien no dudó en comandar un destacamento militar en Lorca el día de los comicios. Los enemigos de los Musso declararon que los hermanos habían ganado las elecciones amedrentando a los votantes con la fuerza militar. Aún así, las disputas continuaron en la primavera siguiente y el caso llegó al Congreso en Madrid, que terminó por destituir el Ayuntamiento de Lorca en mayo de 1822 (Munuera, 2006).

Este estado de cosas obligó a Musso a pasar a la Corte para intentar recabar apoyos políticos y es donde el lorquino trasmite por vez primera el placer que le proporcionó Madrid, una ciudad a la que no había vuelto desde la infancia. La capital es identificada como el lugar donde se encuentra el poder, donde tienen lugar las entrevistas con diferentes ministros y se discuten las acciones del rey, pero es también donde florece la cultura, donde viven los hombres que leen y estudian, los que, a través de sus obras, se elevan sobre «el vulgo». Él mismo reconoce que toda su vanidad de entonces se centraba «en pasar por persona que sabía algo». Durante su estancia de pocos meses en la efervescencia de la capital del Trienio, en pleno 1822 —momento en el que también asistirá a los acontecimientos del 7 de julio—, escribe cómo incluso los oponentes políticos, los liberales exaltados, le recibieron acogedoramente y fue feliz pudiendo discutir en los cafés y tertulias, donde incluso, recuerda con amargura desde 1837, se deslizo su lengua en conversaciones donde al rey y a la Iglesia se les tenía poco respeto: «no dejé yo de participar en algún modo de la locura general» (Musso, 2004: I 429).

Pero es el mundo cultural el que especialmente deslumbra a Musso, quien visita el Museo Real y el Gabinete de Historia Natural —dos de los hitos fundamentales en las visitas ilustradas de la época a la capital del reino—, descubre la ópera y comienza a comprar estampas y libros en grandes cantidades. Entre las librerías que frecuenta destaca la extranjera de Denné, que estaba especializada en el negocio de importación de libros, y cuyo local de la calle Alcalá incorporaba una sala de lectura (Cooper-Richet, 2014). También señala su temprana amistad con Eugenio Tapia, director de la Imprenta Nacional entonces, que le vendía a buen precio las mejores pruebas que se habían grabado en la Calcografía Nacional. Los elevados gastos en libros y estampas serán motivo de mortificación años después, pero también dieron lugar a una magnífica biblioteca, que a su muerte será valorada en 60.000 reales (Molina, 1999a: 43-74).

A su regreso a Lorca a finales de agosto de 1822, Musso comprendió que sus gestiones políticas en Madrid habían servido de poco, y que el gobierno exaltado ofrecía a sus enemigos la oportunidad esperada para proceder contra él. Nunca olvidará la apresurada y angustiosa huida que tuvo que afrontar junto a un grupo de compañeros, hasta llegar a Gibraltar a finales de noviembre. A él se unió su hermano Pedro Alcántara, que había sido desposeído del mando por el gobierno y llegaría al Peñón en abril del año siguiente. Ambos esperaron en territorio inglés junto a otros notables —como el marqués de las Amarillas, que tan importante papel tendría después en el Consejo de Regencia de Isabel II—, a que la entrada de los Cien mil hijos de San Luis permitiese su vuelta al territorio nacional.

Al regreso, Musso, como muchos otros, vivió la contradicción de que había sido perseguido por los liberales con peligro de su vida y que eran los absolutistas los que le devolvían la libertad y la seguridad de sus bienes. No olvidaría esa lección, que sirvió para moderar todavía más su opción política y considerarse enemigo de cualquier alegato revolucionario. Para su disgusto, tras 1823 no se distinguía en el gobierno entre moderados y exaltados, y se tenía de nuevo por oprobio calificarse de liberal. Aunque reconoce que pudo aprovechar la ocasión para ocupar un lugar distinguido en su tierra, indica que hubiera tenido que hacerse el «absolutista» y «mojigato», y prefirió establecerse en Madrid, vivir de modo particular y disfrutar de las posibilidades culturales que había vislumbrado el año anterior en la capital de la monarquía: los museos, la ópera, las bibliotecas y la facilidad para adquirir libros y estampas. Posteriormente, llegaría el momento de las academias. Había comprendido el atractivo de la capital como lugar donde se había establecido la institución del conocimiento (Álvarez Barrientos, 2017: 145 y ss.). En septiembre de 1823 se trasladó con toda su familia a la Corte, donde viviría hasta junio de 1830, convirtiéndose en un certero testigo de buena parte de la Década Ominosa fernandina.

Al llegar a Madrid, Musso trató de «tantear el vado» y comprobar cómo sonaría su nombre para obtener alguna comisión pública en las Secretarías de estado que frecuentó. Sin embargo, el recuerdo del premio ganado en la Real Academia Española, en el que se elogiaba a Fernando VII como monarca constitucional, estaba demasiado reciente, y así se lo manifestarían sus amigos: «¡qué borrrón echó usted a su talento el año de 20 con aquel discurso!». Al no poder acceder a los negocios públicos, Musso se decantó por el estudio y acudió a cursos de mineralogía, anatomía comparada, zoología, agricultura y botánica (Musso, 2004: 1, 466). Especial relevancia tuvo la obtención de un primer premio en el curso de botánica, que se celebró en un acto solemne en el Real Jardín Botánico con una notable concurrencia política y literaria, tal y como quedó reflejado en la *Gaceta de Madrid*.⁵ Poco a poco supo aprovechar sus relaciones amistosas y familiares para conso-

⁵ *Gaceta de Madrid*, nº 27 del 3 de marzo de 1829: 107-108.

lidarse como una personalidad destacada en el entramado mundo de las instituciones culturales, de cuyo funcionamiento esos años fue un testigo extraordinario. Así se convertiría en un hombre imprescindible en las iniciativas artísticas y literarias de los años venideros (Vilar Ramírez, 1998 y 2000).

REALES ACADEMIAS Y VIDA CULTURAL EN EL MADRID DE LA DÉCADA OMINOSA

Sus conexiones familiares permitieron a Musso el acceso a algunos de los salones de las mejores familias asentadas en el Madrid de aquellos años. En uno de ellos, el de los condes de Revilla Gigedo, al que había acudido a través de su cuñada, conoció a José Sabau (1757-1833), anticuario y bibliotecario de la Real Academia de la Historia. Sabau, canónigo de San Isidro, se había aplicado a la reedición de la *Historia general de España* de Juan de Mariana, con un tipo de historia todavía basada en la recopilación de hechos heroicos y anecdóticos de exaltación de la monarquía y las glorias patrias (Almagro-Gorbea, s. a.). Este erudito le presentó al director de la Real Academia de la Historia, Martín Fernández de Navarrete y, aprovechando que Musso no estaba oficialmente asentado en la Corte, aprobaron su nombramiento como académico correspondiente en mayo de 1825. Su entrada en la Academia de la Historia supuso un paso definitivo para Musso, mucho más en unos tiempos en los que los destierros ejercidos por el rey habían dejando la actividad académica bajo mínimos (Maier, 2003: 36). Nunca debió ser más necesaria la llegada de nuevos académicos que demostraran su valía a fuerza de trabajar en sucesivas comisiones, en las que el lorquino supo mostrarse como un laborioso colaborador, una actitud que le abriría también las puertas de la Real Academia Española en 1827. Para ambas instituciones realizaría continuos trabajos durante los años siguientes, pues para Musso, la entrada en las academias reales era «el mayor honor para las personas dedicadas a las ciencias». En definitiva, supo ser de utilidad para ellas y el régimen imperante. Su generosidad y capacidad de trabajo fueron proverbiales, de ahí que Mariano Roca de Togores recordara que «el celoso y amable Musso» había escrito una buena cantidad de los memoriales de muchos amigos que entraban en las academias, incluido el suyo (Molins, 1883: 188).⁶

No hay duda de que el lorquino tuvo la confianza de algunos elementos del régimen fernandino. Su aplicación y dedicación al trabajo, su talante moderado y de católico ferviente, le convirtieron en un personaje plenamente aprovechable para el gobierno, de ahí su éxito en las diferentes academias e incluso su actuación como censor, actividad significativa que suponía plena confianza en su conducta. En esta faceta, en lo único en lo que el autor lorquino no transigía, era con el menoscabo a la religión, de ahí que actuara con rigor contra *El duende satírico* de Larra en 1828, cuando se introducía el relato de un personaje que iba a confesarse, anotando que «la confesión es un sacramento y como tal objeto de respeto y veneración, y no de cuentos ridículos» (Molina, 1999a: 81). Parece que durante esos años en alguna ocasión estuvo cerca de obtener un nombramiento gracias a Luis López Ballesteros, ministro de Hacienda y amigo y protector, entre otros, de Sebastián de Miñano, pero finalmente sus presuntas designaciones quedaron en nada (Musso, 2004: 1 494; Puente, 1838: 31). Se supone que por la otra facción del gobierno,

⁶ En este sentido son significativas las palabras de José de Madrazo, con quien tantos años colaboró en la *Colección Litográfica de los Cuadros del Rey de España*, cuando lamentaba su pérdida en el verano de 1838: «me hará echar de menos a mi difunto amigo don José Musso, cuyo trabajo lo hacía bien, pronto, y con gusto, pues como hombre inteligente e instruido no necesitaba de otros materiales más que los de la indicación de los autores y los de sus cualidades artísticas ¿de quién pues echar mano en un país que presenta tan pocos hombres del gusto y de la afición de Musso?» (Madrazo, 1998: 238-239).

la liderada por Francisco Tadeo Calomarde, contraria también a Miñano, contra el que desatarían una fuerte campaña en 1831 hasta conseguir su alejamiento de la Corte (Bera-zaluze, 1983: 309).

La Real Academia de la Historia fue la institución que le abrió las puertas no solo a los proyectos nacionales de gran alcance, sino a la relación estrecha con una serie de eruditos que le influirían de una manera decisiva. Uno de los más cercanos en aquellos primeros tiempos fue Juan Agustín Ceán Bermúdez (1749-1829) quien, en esa época de exilio forzoso de varios académicos, presidía a menudo las sesiones en dicha institución (Maier, 2003: 36). El erudito gijonés, en el cénit de su reconocimiento, debió introducirle en los estudios histórico-artísticos, que tan importantes fueron para la reputación de Musso (Pastor y Cárdenas, 1845: 303). Este recordaría con cariño que Ceán le regaló algunas estampas de su magnífica colección y dejaría constancia de la tristeza que le produjo su muerte y entierro (Musso, 2004: 1, 467, 218 y 220). Incluso cuando le sustituyó como redactor de los textos de la *Colección Litográfica*, estos se convirtieron en un continuo homenaje al historiador asturiano (García López, 2020a). En la correspondencia con José de Madrazo, también se mostraría buen conocedor de los manuscritos, libros y grabados que había visto en la casa del erudito asturiano.⁷

Otro personaje fundamental para él, conocido igualmente en la Academia de la Historia, fue el ya citado Sebastián de Miñano (1779-1845) quien, a su vez, le pondría en contacto con otros eruditos importantes como José Gómez Hermosilla (1771-1837) y Félix José Reinoso (1772-1841). Junto con Alberto Lista (1775-1848), a quien conoció también por aquellas fechas gracias a Esteban Sairó —otro político de talante conservador que sería diputado en 1836 y 1843—, este grupo de afrancesados, exjosefinos, fueron de extraordinaria importancia para el devenir literario e incluso político de Musso, pues se convertirían en personajes influyentes durante la última época del gobierno de Fernando VII. Con un camino divergente a Musso y pertenecientes a la generación anterior, todos ellos habían colaborado con el régimen de José Bonaparte y habían sido represaliados posteriormente (López Tabar, 2001). Durante el régimen constitucional de 1820 tuvieron un papel muy activo en la prensa de tinte conservador, especialmente a través de los periódicos *El Censor* y *El Imparcial*, aquí bajo la dirección de Javier de Burgos (Morange, 2019). Como Musso, pronto estuvieron en la diana de los liberales exaltados, por lo que vieron con benevolencia la vuelta a cierto orden con el absolutismo reconquistado por el rey, sobre todo cuando este inició un lento aperturismo durante sus últimos años, un tiempo que el lorquino también juzgó con indulgencia: «Tratóse con menor rigor a los liberales y a todo el que acudía a Su Majestad se amparaba y aun protegía» (Musso, 2004 1, 474). Todos ellos terminaron convergiendo en un liberalismo conservador que preparaba el terreno para lanzarse a por el poder tras la desaparición de Fernando VII (Luis, 2002: 291). Momento en el que, como Musso y otros moderados, su máxima preocupación sería combatir a los «jacobinos». Así lo transmitirá el propio autor lorquino, cuando se entrevistó a finales de 1833 con Lista, Reinoso, el ministro Javier de Burgos, o el presidente Francisco Cea Bermúdez, todos ellos creían entonces que los jacobinos eran mucho más peligrosos que los carlistas (Musso, 2004: 1, 269-270).

Lista y Reinoso se convirtieron en los referentes literarios de Musso, al que corrigieron versos y traducciones, especialmente la realizada sobre el *Áyax* de Sófocles, una tarea a la que el lorquino se dedicó durante los primeros años treinta (Juretschke, 1951, 122;

⁷ Todavía en 1835 recordaba el importante grabado con la figura de Juan de Herrera (carta a José de Madrazo, 24 de enero de 1835, Archivo particular). Se trata de *Minerva protegiendo a la juventud: Homenaje a Juan de Herrera* de Pedro Perret, c. 1594, ahora en la Biblioteca Nacional de España, INVENT/37082; véase Santiago, 2016: 342-343.

Martínez Torrón, 1991). Para la traducción del griego, además, le introdujeron a su amigo Gómez Hermosilla, «uno de los mejores helenistas que se han conocido» en palabras de Musso.

Lista también era popular por aquellos años por sus iniciativas pedagógicas, y a su colegio de San Mateo y a su posterior academia en su casa de la calle Valverde de Madrid, acudirían algunos de los literatos más reconocidos de la generación posterior, que siempre guardaron una extraordinaria devoción al maestro. Junto a ellos formó una academia poética llamada del Mirto desde 1823. Allí estuvieron Espronceda, Ventura de la Vega, Eugenio de Ochoa, Federico de Madrazo y Roca de Togores entre muchos otros. Su casa sería frecuentada por las personas más distinguidas de la Corte, de todos los literatos de la capital y de los estudiosos que buscaban su dirección y enseñanza (Juretschke, 1951: 119). Como otros miembros notables de la sociedad de aquellos años, también Musso envió a su hijo mayor a estudiar matemáticas a la academia de Lista, y así tuvo un nuevo lazo de unión con la joven generación de literatos y con sus progenitores. Miñano le recordaría años después que su «sobrino», Ochoa, había sido compañero de colegio de uno de sus hijos (Molina, 1999b). La relación de Musso con Lista fue especialmente cercana. El sevillano dirigió varios poemas a Encarnación, la hija de Musso quien, a su vez, le regaló una litografía realizada por ella. Musso también ayudó a Lista corrigiendo su trabajo en la edición del *Resumen analítico de la Historia Universal del conde de Ségur*, que se publicaría finalmente en Madrid en 1838, pero sobre todo proponiendo su entrada en las Reales Academias de la Historia y Española («entró por mediación mía», escribiría Musso [2004: 1 468]). El sevillano sabría agradecerse sirviendo de contacto con su amigo, el ministro Javier de Burgos, a finales de noviembre de 1833, cuando se fraguó su nombramiento como subgobernador de Murcia (Sánchez Llorente, 2000).

Con los Madrazo, su relación fue totalmente familiar. Tras llegar a Madrid con su mujer y sus hijos en 1823, Musso se estableció en la calle del Colmillo, actual Pérez Galdós, «nº 23, cuarto 2º de mano derecha». Pero ese lugar les parecía tan lejos del centro que consiguieron trasladarse después a la de Caballero de Gracia, «nº 3, cuarto 2º», convirtiéndose en vecinos de los Madrazo. Cuando Musso, siempre preocupado por la educación de sus hijos, decidió impartirles él mismo clases de griego, algunos notables amigos enviaron también a sus hijos. Entre ellos se encontraba Federico de Madrazo, quien recordaría que recibía esa «clase por la noche antes de la hora de cenar» (González y Martí, 1994: 55). Igualmente, en la correspondencia con José de Madrazo, Musso enviará a menudo saludos al joven Federico refiriéndose a él como «mi discípulo de griego» o «el helenista», pero sobre todo advirtiéndole de su progreso artístico: «es necesario decir que nació pintor y que lo era en el vientre de su madre. Quiera dios que no se malogre, porque sin duda está destinado para sostener el honor de la escuela española».⁸

De ahí que Musso tuviera una excelente relación con estos dos representantes del arte y la literatura de la generación siguiente, Eugenio de Ochoa y Federico de Madrazo, quienes no olvidaron incluir textos de Musso en su célebre publicación *El Artista* o alabarlos en sus páginas por crear un museo de bellas artes en Sevilla cuando era gobernador civil en dicha ciudad (Besa, 2018). No es de extrañar, ya que Musso hizo lo indecible por promover dicha publicación cuando fue gobernador de Murcia y Sevilla, persiguiendo a amigos, conocidos y autoridades, para que se suscribieran a *El Artista*, y consiguiendo una docena de suscripciones en la provincia murciana ya en enero de 1835 (García López,

⁸ Cartas de Musso a José de Madrazo de 15 de abril de 1830, 5 de agosto de 1830 y 21 de agosto de 1831 respectivamente (Archivo Particular).

2022).⁹ En el *Diario* aparecerán años después las visitas a la casa de Ochoa, alguna junto a Federico de Madrazo. El interés de Musso por las estampas, seguramente le acercaron pronto al Real Establecimiento Litográfico, que José de Madrazo inauguró en Madrid en 1825 y cuyo primer objetivo era la publicación de la *Colección litográfica de los cuadros del Rey de España*, el proyecto al que, como veremos, se sumará en 1828 (Vega, 1990).

Musso también explica con naturalidad cómo las relaciones amistosas y familiares condicionaban la actividad académica. De esta forma, consiguió influir en la entrada de sus amigos Pedro María Olive y el ya citado Alberto Lista en la Real Academia de la Historia y en la Española. Para esta última también propuso a otros compañeros cercanos como Roca de Togores, Mesonero Romanos o José de la Revilla, profesor de dibujo de sus hijos, quien le realizaría un retrato ahora conservado en el Palacio de Guevara de Lorca (Molina, 2005). También introduciría en la Real Academia de la Historia a Serafín María de Sotto (1793-1862), tercer conde de Clonard, quien fue un personaje de gran importancia política durante los años siguientes. Musso le encaminó para formar una colección de trajes antiguos de España, una senda que Sotto seguiría hasta redactar algunas de las obras fundacionales del género (Sotto, 1879). Conocedor de las pautas académicas, sabía cebar el interés de sus colegas y así actuó en el caso de Sotto, enseñando sus dibujos sobre vestidos sacados de antiguos códices y monumentos a José de la Canal y a Diego Clemencín, haciendo después «una insinuación sobre introducir a Sotto en la Academia, lo que no les ha sentado mal».¹⁰ Unos meses después, la hermana del conde se convertiría en la segunda esposa de su hermano Pedro Alcántara.

Otro personaje con el que compartió proyectos académicos fue José Gómez de la Cortina, tercer conde de la Cortina (1799-1860). Así lo recordaba Ramón Mesonero Romanos, cuando compartía tertulia en la casa del aristócrata mexicano, los domingos por la mañana, con la joven generación de literatos (Mesonero, 1994: 378). Además del propio Mesonero, Musso compartía tertulia con Bretón, Larra o Ventura de la Vega, con todos ellos entablaría una fluida relación y disfrutaría, como veremos más adelante, de comidas, fiestas y algunos proyectos literarios. Musso también facilitó la entrada de Cortina en la Real Academia de la Historia, y este, a su vez, le franqueó su nombramiento en la Academia Latina Matritense que, a partir de 1831, pasó a llamarse Real Academia Greco-Latina. De Cortina, editor de la *Historia de la literatura española* de Bouterwek (1829), recibiría además algunos regalos en forma de libros y monedas traídas desde el extranjero, más «auxilios pecuniarios». Si en 1823 las finanzas de Musso parecían lo suficientemente sólidas para poder vivir en Madrid, a finales de la década una serie de malas cosechas y peor administración, le obligaron a tratar de conseguir un empleo público que le permitiera seguir residiendo en la Corte.

Las academias a las que pertenecía, y las relaciones que había constituido durante esos años, permitieron a Musso, como decíamos, participar en algunos de los proyectos culturales más significativos de la monarquía. Él trató de aprovechar esta circunstancia para acercarse al rey y a los infantes o a miembros destacados del entorno palaciego, como Juan Miguel Grijalva, hombre fundamental durante los últimos años del reinado de Fernando VII (La Parra, 2018: 497). Incluso un sobrino del secretario de la Estampilla real acudía a las clases de griego que impartía Musso. Su cercanía a este personaje, al igual que alguno de sus amigos como Miñano, fue fundamental para intentar lograr el gran objetivo de lograr un empleo.

⁹ Carta de Musso a José de Madrazo del 10 de enero de 1835 (Archivo Particular).

¹⁰ Entrada del *Diario* de Musso del 8 de marzo de 1830 (AMC).

FERNANDO VII COMO PROTECTOR DE LAS ARTES Y LAS LETRAS

Durante la segunda mitad de los años 20, creció en el entorno del monarca el interés por crear una imagen de Fernando VII como protector de la literatura y las artes en el que el peso del íntimo Juan Miguel Grijalva fue manifiesto. Por ejemplo, en el proyecto de la edición de las obras de Leandro Fernández de Moratín, Grijalva fue quien solicitó al Rey, en 1827, la compra de la edición de París que había aparecido en 1825 y por la que se solicitaban 600 reales (Arzadun, 1942: 22). Después se producirá la adquisición de los manuscritos de los *Orígenes del teatro español* de Moratín a Manuel Silvela por 28.000 reales, que motivaron que Grijalva se pusiera en contacto con la Real Academia de la Historia con el objetivo de que realizara una edición que superara a la publicada en París. De esta forma se trató en todo momento en las discusiones académicas «de los medios de aumentarla con las producciones de aquel escritor que no se insertaron en las últimas ediciones de París, a fin de dar mayor valor e interés a la que se prepare».¹¹ Como veremos seguidamente, Musso sería uno de los principales responsables de la edición, lo que le facilitaría el acceso a Grijalva y le serviría de excusa para acercarse a los infantes reales y al mismo Fernando VII.

Otra de las vías para mejorar la imagen de Fernando VII fue la de encumbrarle como gran protector de las artes a través del Museo del Prado. A partir de 1826 se dio comienzo a un nuevo plan de exposición en el museo, capitaneado ya por el duque de Híjar, su nuevo director, que culminó en la reapertura de sus salas en marzo de 1828, y que incluiría nuevos espacios y el aumento del número de cuadros en exposición (Matilla y Portús, 2004: 21-22). En la *Noticia* de Luis Eusebi, ya se indicaba el deseo del rey de abrir su museo para todo tipo de ciudadanos y se aventuraban los planes de expansión que se seguirían los años siguientes (Eusebi, 1828). Pero la batalla también se debía ofrecer a través de la imprenta y las imágenes y para esto se recurrió a algunos de los personajes más cercanos a Musso. Sebastián de Miñano, por ejemplo, dedicó a la ciudad de Madrid una gran entrada en su *Diccionario Geográfico Universal*. La capital de la monarquía mostraba toda su grandeza en el tomo V de su obra, y entre la descripción de los lugares más representativos para la nación, el Museo Real ocupaba un lugar privilegiado. De hecho, el autor señalaba en la Advertencia al lector de ese tomo, que se incluía una magnífica perspectiva del edificio «cuya descripción artística sale a la luz por primera vez» (Miñano, 1826-1829: v).

La imagen y el relato del museo estaban ligados a su creador, el rey de España, y estas litografías procedían del Real Establecimiento que dirigía José de Madrazo. Desde aquí también se impulsaría años después la *Colección de Vistas de los Sitios Reales y Madrid*. En las dedicadas a la capital, es significativo que el papel preponderante correspondiera a dos edificios: el Palacio Real y el Real Museo, que significativamente ocupan el protagonismo de diez de las trece estampas. Esta ligazón entre Museo del Prado y Fernando VII también estaba en la gestación de la publicación más importante del Real Establecimiento, fundamental para la promoción de la imagen de la monarquía, la mencionada *Colección Litográfica de los Cuadros del Rey de España*, vinculada también a las pinturas del Real Museo y que desde su título establecía la gloria debida al rey en todo el proyecto (Vega, 1990). Esta publicación comenzó en 1826, contando con los textos del gran historiador de las bellas artes de ese momento, el citado Juan Agustín Ceán Bermúdez, quien fue sustituido a partir de marzo de 1828 por José Musso (García López, 2020a). El propio Ceán, exjosefino como otros amigos de Musso, aprovechó por aquellos días para publicar

¹¹ Así por ejemplo se señalaba en la sesión del día 6 de noviembre de 1829, Tomo XVII de las *Actas de la Real Academia de la Historia* (en adelante RAH).

El Arte de Ver (1827), vinculándolo a que el público pudiera utilizarlo para acudir con mejor criterio a contemplar las excelentes obras del Museo del Prado. Musso participó en la censura académica de la obra junto a Fernández de Navarrete y Diego Clemencín, en la que estimaron «el delicado gusto e inteligencia en las nobles artes» del autor.¹² Este regaló después a la Real Academia unos ejemplares para que se repartieran también entre los tres censores, y Musso lo conservó en su biblioteca junto a otras obras de Ceán. Significativamente, la obra salió a la luz en la Imprenta Real como uno más de los estudios que secundaban la importancia del Museo Real (García López y Crespo, 2016).

Sebastián de Miñano era un hombre de plena confianza para los ministros moderados de Fernando VII en 1826, cuando se inició el proyecto de establecer un periódico con el fin de defender en el exterior la actuación del gobierno. Aunque se tardara casi dos años en cristalizar lo que sería la *Gaceta de Bayona*, el principal redactor del periódico sería el amigo de Miñano, Alberto Lista, mientras que el propio Miñano y otro gran amigo, Félix José Reinoso, fueron los colaboradores habituales y los corresponsales de los ministros moderados liderados por López Ballesteros que idearon el proyecto (Berazaluce, 1983: 258-259). El primer número salió el 3 de octubre de 1828 y ya en un largo artículo publicado entre el 1 y el 5 de diciembre, el periódico se ocupaba en extenso del Museo del Prado, alabando a Ceán Bermúdez y haciendo referencia a lo escrito en el *Diccionario Geográfico* (Crespo, 2020).

El artículo de la *Gaceta de Bayona* no disimulaba que su objetivo principal era que «los españoles sepan lo mucho que deben en esta parte a la ilustración y generosidad de su actual soberano el Sr. D. Fernando VII».¹³ Unos meses después, el mismo periódico informaba de la conclusión del primer tomo de la *Colección litográfica*, que había sido llevada a cabo bajo la «protección del soberano».¹⁴ En ese primer tomo se incluían las litografías con la vista del Real Museo y el retrato del soberano basado en el lienzo realizado por José de Madrazo. También se exponían la descripción del edificio y una *Oda* al rey como protector de las bellas artes realizada, cómo no, por Alberto Lista. El propio Musso tuvo que acudir a la Real Academia Española en enero de 1829 para leer allí uno de sus textos de la *Colección litográfica* con el objetivo de que la institución consintiera que Madrazo añadiera su condición de académico en el Prólogo a ese primer tomo (Musso, 2004: 177). La academia dio su beneplácito para que el pintor real pudiese «decir lo que quisiese» y así Musso pudo ser definido en la *Colección Litográfica* como individuo de las Reales Academias Española, de Historia y Latina, «y muy aficionado e inteligente en la pintura».

La protección real a la *Colección Litográfica* fue totalmente necesaria para hacer frente a los enormes gastos que conllevaba y Fernando VII la apoyó suscribiéndose con 300 ejemplares (Vega, 1990). Musso escribía que «era esta obra de tanto lujo que, sin los cuantiosos socorros del rey, hubiera sido imposible ejecutarla» (Musso, 2004: 1477). Del cuidado con la que era atendida por el Rey es significativo que, cuando el lorquino fue a anunciarle que debía abandonar la Corte para fijar su residencia en Lorca en mayo de 1830, Fernando VII solo se preocupó por la suerte de este proyecto: «Pero, ¿y la Colección Litográfica?», le preguntó. A lo que el literato tuvo que explicar que seguiría redactando los textos desde su tierra mientras Madrazo le enviaba las estampas.¹⁵ Un método de trabajo que se desarrollaría con éxito durante los años siguientes (García López, 2022).

Durante estos años, por lo tanto, la figura de Fernando VII se ligó con fuerza a la labor de ampliación y promoción del Museo del Prado a través de textos e imágenes. No

¹² RAH, Sig. 11/8028. Censuras de los años 1817 a 1833, nº 73.

¹³ *Gaceta de Bayona*, Primero de diciembre de 1828: 3.

¹⁴ *Gaceta de Bayona*, 27 de abril de 1829: 3.

¹⁵ Entrada del *Diario* de Musso del 10 de mayo de 1830 (AMC).

olvidemos que, por ejemplo, el icónico cuadro de *María Isabel de Braganza como fundadora del Museo del Prado*, fue ejecutado por Bernardo López en 1829. Y todo ello fomentado por un grupo de colaboradores muy estrecho: Miñano, Lista, Reinoso, Ceán, Madrazo y, finalmente, Musso. No es casualidad que, para los contemporáneos, Musso fuera educado artísticamente por Ceán y Madrazo (Pastor y Cárdenas, 1845: 303). Por lo tanto, era razonable que una de las carencias que señalaban frecuentemente los textos que se ocupaban del museo durante esos tiempos, la falta de un catálogo de las pinturas de las escuelas flamenca y holandesa, cuya llegada al museo se estaba proyectando (Posada, 2009: 18), lo resolviera el duque de Híjar encargando su redacción a José Musso a finales de 1829. No hay que olvidar que en ese año habían fallecido tanto Ceán Bermúdez como Luis Eusebi (García López, 2020b).

Mesonero Romanos, en su descripción del Real Museo de comienzos de los años 30, echaba en falta el catálogo de las escuelas flamenca y holandesa y citaba como guía la *Colección Litográfica* (Mesonero, 1831: 216), que todavía se vendía en la portería del edificio bastante años después del cese de su publicación, junto al catálogo de Eusebi (Mesonero, 1844: 253). El lorquino acudió al Museo del Prado junto a José de Madrazo para estudiar las pinturas, tanto para la redacción de los textos de la *Colección Litográfica* como para la de los catálogos demandados que, después, se ampliaron para contener los cuadros que se encontraban en la sala reservada, el gabinete de descanso y a la colección de escultura. Para ello contaría con la ayuda del pintor Juan de Ribera y del escultor Valeriano Salvatierra, quien se convertiría en un gran amigo de Musso e impartiría clases de dibujo a sus hijos. Se dio la circunstancia de que muchos textos sobre pinturas flamencas y holandesas fueron apareciendo en la *Colección Litográfica* sin que existiera un catálogo sobre ellas, por lo que fue la única información disponible sobre dichos cuadros durante bastante tiempo (García López, 2020b). Musso esperó durante años la publicación del catálogo de las escuelas flamenca y holandesa. Él lo había terminado el 22 de octubre de 1830 y en enero de 1831 ya estaba en manos del duque de Híjar y de José de Madrazo, cuando su hermano le informaba de que el Rey también mostró deseos de verlo.¹⁶ De hecho, por entonces los reyes visitaron el Museo del Prado, tal y como Madrazo y el propio Híjar le escribieron los días siguientes. Fue el marqués de Santa Cruz quien le confió en marzo que estaba impaciente por ver impresos los catálogos que hacía tiempo le había enviado,¹⁷ mientras en abril su hermano Pedro Alcántara le transmitió que Híjar también esperaba que se imprimieran.¹⁸ Todavía en 1838 se esperaba que en la edición que se preparaba del catálogo general del museo, se incluyese su escrito sobre las escuelas del norte, si bien ya se desechaba los realizados sobre la sala reservada y la escultura, por «la variación» que habían sufrido desde su redacción (Puente, 1838: 33). Finalmente, el trabajo de Musso quedó manuscrito entre las manos de estos protagonistas, y solo se vio incluido en el catálogo realizado por Pedro de Madrazo en 1843, cuando este explicó que había reproducido «textualmente» las descripciones del polígrafo lorquino (Madrazo, 1843: XI).

Volviendo a la impresión de las obras de Moratín encargadas a la Real Academia de la Historia, los primeros designados por la institución para trabajar en la edición fueron Sebastián de Miñano y José Musso. De nuevo se trataba de reivindicar a un autor español que hasta ese momento había sido más considerado en el extranjero, lo que se señalaba de manera manifiesta desde el Prólogo de la obra. El propio Musso, como ahora sabemos, era el autor del mismo, y escribía: «así se da aviso a las demás naciones de que nues-

¹⁶ Entrada del *Diario* de Musso del 13 de enero de 1831 (AMC).

¹⁷ Carta del marqués de Santa Cruz a José Musso del 15 de marzo de 1831 (Biblioteca Archivo de la Caja de Ahorros del Mediterráneo de Mula, en adelante BACAM).

¹⁸ Entrada del *Diario* de Musso del 6 de abril de 1831 (AMC).

tra patria no se olvida de honrar la memoria de los hijos que la ilustran y ennoblecen» (Moratín, 1830 I, VIII-IX).

Por los escritos de Musso se puede seguir con mayor detalle que por las actas de esta institución, el proceso de edición de Moratín concebido desde el entorno real y encargado a la Real Academia de la Historia. El 6 de febrero de 1829 se discutía la comunicación de Grijalva, quien había enviado «confidencialmente» —algo que no señalan las actas académicas— el manuscrito de los *Orígenes* para que fuera revisado por la corporación. El primero de mayo se leyó en la Real Academia el nuevo escrito de Grijalva, en el que pedía que el organismo tomase como propia la iniciativa para publicar la obra de Moratín siguiendo el ejemplo de la de París.¹⁹ Musso añade que se leyó la censura del vicario eclesiástico, que era tan severa que se extendía hasta defender la labor de la Inquisición. Aunque en esta primera reunión se advertía que la edición se publicaría sin estampas, Musso añade que Sebastián de Miñano había hablado posteriormente con Grijalva y habían quedado en que finalmente se añadirían las imágenes, por lo que ambos fueron comisionados para proponer el mejor medio para proporcionar las láminas y, posteriormente, los temas que debían abordar (Musso, 2004: I 141 y 155).

Musso ya llevaba más de un año colaborando en la *Colección de Cuadros del Rey de España*, por lo que contactó fácilmente con varios artistas para que realizasen los dibujos, que después se convertirían en litografías. De esta manera iría presentando a la academia los dibujos de José Ribelles, el retrato de Moratín litografiado por Bernardo Blanco Pérez, un cuadrito al óleo de José de Madrazo con un tema de Hamlet y un dibujo de Vicente López —quien era primer pintor de cámara en ese momento— para la portada, que fue litografiada por Juan Antonio López. Musso incluso trasladaría la piedra litográfica de esta portada a la Academia el 20 de noviembre de 1829, para mostrarla a los colegas académicos. Posteriormente, llevaría dos estampas de la misma portada para que se regalasen al monarca.

Entre las frases con las que Musso resumía el año 1829, declaraba que la situación de sus intereses económicos «es triste y mis apuros extremos» (Musso, 2004: I 230), por lo que decidió buscar con insistencia el amparo real. Como decíamos, nuestro literato siempre pudo contar con el apoyo decidido de su hermano Pedro Alcántara quien, a su regreso de Gibraltar, se implicó en la lucha contra los constitucionalistas y después obtuvo un puesto en la Guardia Real Provincial junto al conde de San Román, siendo nombrado mariscal de campo en 1829, precisamente con motivo de las cuartas nupcias de Fernando VII. En esos meses de 1829 de difícil búsqueda de un destino remunerado, y tras haberse presentado a Fernando VII, su hermano le transmitió que el rey había preguntado por él, lo que en el lenguaje cortesano equivalía a que tendría que acudir a las audiencias que el monarca convocaba los domingos y los jueves. De ahí que los hermanos Musso se hicieran habituales en Palacio, visitando además a los infantes D. Francisco de Paula y D. Carlos (Musso, 2004: I 485). Lo más sugerente es que Musso trató de aprovechar su vinculación con las iniciativas culturales para atraerse el favor real, especialmente a través del infante D. Francisco, conocido por su interés por la pintura y la música, al que ambos hermanos presentaron varias pruebas de las estampas que se estaban preparando para la edición de Moratín. Ante el retrato del autor dramático, el infante alabó «la buena ejecución del artista en la estampa». En otras ocasiones, Musso trasladaría conversaciones enteras mantenidas con las personas reales, en las que se hacía elocuente la cercanía de su trato (Musso, 2004: I 192 y 217).

Los hermanos Musso también decidieron seguir al séquito del monarca por los diferentes sitios reales, un lugar de exhibición tradicional del monarca ante las clases medias

y populares, que tenían así la posibilidad de acercarse al rey. En las *Memorias* del marqués de Mendigorría, se precisa del interés de la élite política y administrativa por acudir a los círculos cortesanos y cómo en los sitios reales concurrían una nube de pretendientes que hacían depender sus empleos de una mirada benévola dispensada por Fernando VII. Los aspirantes así agotaban sus recursos para hacerse valer más en los Sitios, donde había mayores facilidades y ocasiones de acercarse a su real persona (Moral, 2018).

En septiembre de 1829, los Musso viajaron a El Escorial, lo que permitió al literato admirar por vez primera la grandeza del monasterio, y presentarse a Fernando VII y a sus hermanos. Más interesante fueron sus visitas a Aranjuez en la primavera de 1830, puesto que ofrecen más datos sobre la dificultad de conseguir el transporte y el alojamiento necesarios para seguir a los reyes. Con motivo del cumpleaños de la reina, ambos hermanos acudieron al sitio real al sur de Madrid, para lo que tuvieron que reservar su puesto en la diligencia con veinte días de antelación. En Aranjuez, se hizo necesaria la visita al café, a los jardines y a las fuentes del palacio, además de formar tertulia en la casa del superior de su hermano, el conde de San Román, donde pudieron disfrutar de «la conversación a estilo de corte». La recepción real, sin embargo, reunió a unos 600 cortesanos entre los que no faltaron los empujones para acercarse a las personas reales. Al regreso a Madrid, Musso coincidió con el pintor de cámara Vicente López, con quien pudo conversar animadamente sobre la *Colección Litográfica* y otros asuntos artísticos.

Musso relata con mayor detalle la visita que hubieron de realizar unas semanas después con motivo del besamanos organizado por la noticia del embarazo de la reina, en el que el agasajo con el que le recibió el monarca, animó a Musso a desearle «que sea Príncipe y digno sucesor de V. M.». Después, pudo admirar con detenimiento la Casa del Labrador, de la que dejó una cumplida descripción. Unos días después, cuando le presentó las pruebas del primer tomo de la edición de Moratín, aprovechó para despedirse emotivamente del rey recordándole sus servicios «en la guerra y en la revolución, donde estuve con riesgo de perecer por haber cumplido con lo que exigía mi fidelidad al trono», para después despedirse del infante D. Francisco.²⁰ Pero este agasajo a las personas reales no le sirvió para obtener el puesto que le permitiera permanecer en Madrid.

Musso había intentado otra vía de acercamiento a la protección real a través de la formación de un Museo de Antigüedades, el primero en su género concebido en España (Maier, 2003: 39; Martínez Rodríguez, 2006). Es un proyecto poco conocido y que, hasta ahora, no se había entendido completamente por contar solamente con la documentación que ofrece la Real Academia de la Historia, donde prudentemente se esconde mucho de lo sucedido. Desde la Real Orden de 1803, la inspección de las antigüedades se confiaba a la Real Academia de la Historia, de ahí el protagonismo de esta institución en la arqueología española del siglo XIX (Almagro-Gorbea, 2002). La documentación derivada de José Musso sobre el Museo de Antigüedades, es especialmente rica y nos hace comprender en su totalidad la magnitud del proyecto y su verdadera intención. Tradicionalmente, se ha considerado que fue un proyecto nacido en el seno de la Real Academia de la Historia, sin embargo, la realidad es la contraria. Fue un proyecto ideado por Musso y que la Real Academia de la Historia consiguió desactivar a pesar de la buena acogida real.

Primero, es importante señalar que Musso pertenecía a una comisión de la Real Academia de la Historia, creada en 1827, que tenía el objetivo de reformar su monetario. Él mismo asegurará más tarde que cuando emprendió esta comisión se dio cuenta, por ejemplo, que habían desaparecido casi todas las monedas de oro que debían hallarse en dicho monetario. Además, su entrada en dicha academia también había estado vinculada

²⁰ Entrada del *Diario* de Musso del 12 de mayo de 1830 (AMC).

a informes relativos a diversas piezas arqueológicas encontradas en su tierra, como fue por ejemplo su discurso de ingreso como académico supernumerario en 1827 (Musso, 2004: III 268-283). Igualmente, debe señalarse que Musso refiere el episodio del museo en su *Memorial* biográfico justo entre los proyectos que ideó para conseguir un empleo público que le permitiese permanecer en Madrid lo que, como veremos, no habría que perder de vista para comprender la resolución del proyecto. En el *Diario* refiere que la iniciativa fue personal y la compartió con su amigo José Gómez de la Cortina, al que gustó la idea. Explica que ambos se mostraban preocupados de que los monumentos de la Antigüedad desaparecieran sin remedio en España y vieron necesario crear un gabinete donde se recogiesen los mejores ejemplos del pasado para evitar tal desastre, un espacio que, entendieron, sería de gran lustre para la nación. Con este objetivo pusieron en limpio sus ideas y, junto a Antonio Montenegro, firmaron un informe dirigido al omnipresente Juan Miguel Grijalva, «ayuda de cámara de S. M. de quien era muy favorecido y amante de las artes y las letras». Este los animó a ponerlo en conocimiento del rey, lo que hicieron la noche del 28 de noviembre de 1829. Fernando VII, en palabras de Musso, lo recibió «con mucho agrado» y le preguntó por las litografías, el Establecimiento Litográfico y la edición de Moratín, es decir, sobre las funciones culturales más importantes a las que por entonces se dedicaba el literato lorquino.

Tras la buena acogida real, el Secretario de Estado, Manuel González Salmón, remitió una Real Orden a la Real Academia de la Historia en febrero de 1830 para que informase sobre la exposición de Musso, Gómez de la Cortina y Montenegro, con el objetivo de crear un Museo de Antigüedades. El plan era tan ambicioso que a dicho museo se le quería dar cabida en «una pieza de Palacio», según quería Grijalva, y se acompañaba de la propuesta de realizar un viaje artístico por la península que levantase planos y vistas de monumentos, añadiendo que se recogerían las piezas más importantes de las excavaciones que se llevasen a cabo. Musso había añadido que se podrían fundar cátedras sobre los diferentes ramos de estos estudios.²¹

Fernández de Navarrete, como director, y Diego Clemencín, como secretario de la Real Academia de la Historia, fueron los principales opositores al proyecto, pues consideraron que se había realizado a espaldas de la academia y que incluso se usurpaban las facultades de la institución. Mientras en las Actas de las reuniones académicas tan solo se indica la recepción de la orden de González Salmón y la formación de una comisión para su estudio, Musso nos va indicando lo que se trataba más allá. Navarrete consideró que se había procedido mal al no contar con la Real Academia para formar el proyecto y que, de llevarse a cabo, la institución se vería reducida a la nulidad, como ocurriría en la Real Academia Española si se encargase a otras personas la comisión de formar el diccionario y la gramática de la lengua.²² En los días siguientes, Musso intentó templar las aguas con diferentes académicos, acudió a ver a Grijalva y dialogó con personas de su entorno como José de Madrazo. Buscaron convencer a Navarrete de que todo el proyecto se haría sin privar a la Academia de sus funciones.

La Academia propuso finalmente una comisión formada por Clemencín y José de la Canal, que pidieron a Musso que se reuniese con ellos. Allí le expresaron la frontal oposición de la corporación al proyecto y que tres cuartos de los académicos lo consideraban un ataque al cuerpo. Musso intentó explicar que, a pesar de la función que la academia tenía otorgada en la inspección de antigüedades, eran muchos los monumentos que habían ido desapareciendo, «destruidos unos, vendidos otros a los extranjeros», y que incluso se había

²¹ Entrada del *Diario* de Musso del 19 de febrero de 1830 (AMC).

²² Entrada del *Diario* de Musso del 21 de febrero de 1830 (AMC).

perdido lo más precioso de su propio monetario. Y aún así, añadía, la academia nunca había solicitado los medios y el dinero para crear un lugar donde se custodiasen, explicando que en Europa no se generaban problemas para formar este tipo de museos existiendo academias. Pero para Clemencín, las facultades otorgadas a la Real Academia de la Historia sobre las antigüedades eran esenciales para su funcionamiento, y la referencia de Musso a esas circunstancias en el escrito del proyecto, dejaba en mal lugar a la academia.

En los días sucesivos continuaron las reuniones a todos los niveles. Musso acudió de nuevo a visitar a Madrazo y a Grijalva y propuso un plan alternativo, que se pasaran «las antigüedades del Rey al museo del Prado y ... proponer a S. M. estén a cargo de una persona inteligente bajo las órdenes de Híjar». Mientras, la opinión de Clemencín, desde la dirección académica, era firmemente contraria: «Concluyó diciendo que todo lo que no fuese estorbar de todos modos que el rey formase nuevo museo era negocio perdido». Finalmente, se llegó a un acuerdo de caballeros para que primase el consenso entre los académicos y no se dejase en mal lugar a la institución, tal pacto tuvo lugar en la celda del padre José de la Canal en el famoso convento de San Felipe el Real de la Puerta del Sol. Allí se acordó informar de que el plan propuesto era merecedor de alabanza, pero que la academia ya había trabajado en el particular y que solamente la falta de sitio y la escasez de fondos, habían impedido su culminación. Puestos allí de acuerdo, el informe se aprobó por la tarde en el pleno de la Real Academia de la Historia.²³ De esta forma, se evitó un cisma entre los académicos y Navarrete y Clemencín lograron impedir que la formación de un nuevo museo pudiera afectar a las competencias de la institución que dirigían. El informe de la academia asumió algunas de las ideas de Musso, pues además del Museo de Antigüedades, se proponía que se formase una biblioteca y se estableciesen enseñanzas de geografía antigua, inscripciones, numismática y demás asuntos pertinentes a la Antigüedad (Maier, 2003: 39). Pero, en realidad, y ante el miedo de que la Academia pudiese perder sus privilegiadas prerrogativas con respecto a las antigüedades, su objetivo pasaba porque el asunto se fuese olvidando sin crear ninguna polémica en su seno, como así ocurrió. Como resumiría Musso «Todo paró en una comunicación a Cortina y a mí en la cual, elogiando nuestro celo, se añadía que la penuria del erario imposibilitaba entonces la ejecución de lo que solicitábamos» (Musso, 2004: 1 485).

Más elocuente fueron las palabras de Fernández de Navarrete cuando el lorquino fue a despedirse de él en junio de 1830, solo unos días antes de partir de Madrid. El director de la Real Academia de la Historia le mostró todo su apoyo en la búsqueda de una colocación que significara su pronta restitución a la Corte y, añadió, que no habría puesto más adecuado para él que convertirse en director de ese Museo de las Antigüedades que tanto había promovido. Musso entendió el mensaje: «todo esto no es más que un cumplimento cortesano con sus ribetes de pulla».²⁴

Efectivamente, muchos amigos buscaron que Musso consiguiera «un destino decoroso en la Corte». El lorquino cita los esfuerzos de José de Madrazo y Gómez de la Cortina, que resultaron infructuosos. El pintor habló al rey instándole a que le mantuviera en la Corte. Y, sin embargo, Musso debió estar cerca de conseguir su objetivo, tal y como escribía Fermín de la Puente, quien relataba que algún nombramiento avalado por López Ballesteros había sido firmado por el rey sin que finalmente se le diese curso (Puente, 1838: 31).

Incluso Francisco Antonio González Oña, secretario de la Real Academia Española, le confesaría tiempo después que había sido contactado por el infante D. Francisco de

²³ Entradas del *Diario* de Musso del primero al 5 de marzo de 1830 (AMC).

²⁴ Entrada del *Diario* de Musso del 28 de junio de 1830 (AMC).

Paula para informarse reservadamente de Musso, y por los elogios que hizo de él y cómo fueron oídos «creí ciertísima la colocación de Usted en su cuarto en lo que tenía yo grande satisfacción».²⁵ Otro tanto hizo San Román hablando con el mismo infante, quien le pidió igualmente información. Nada sirvió. Las visitas a Palacio y los Sitios Reales de Musso estuvieron cerca de conseguir su objetivo, pero al fin hubo de dejar la Corte.

Derrotado, sin embargo, fue despidiéndose de todos los amigos y realizó un último intento lastimero al presentar al monarca las pruebas del primer tomo de las *Obras* de Moratín en Aranjuez en mayo de 1830. Pero como vimos, Fernando VII solo se conmovió por la suerte de la *Colección Litográfica*, y se conformó con que continuase escribiendo esta obra desde Lorca, sin ofrecerle una alternativa para continuar en Madrid. Musso indica que había leído la Vida de Moratín que encabezaba el primer tomo de sus obras en la sesión de la Real Academia de la Historia del 21 de mayo de 1830, y para ello se había basado en los materiales que había enviado Silvela.²⁶ Con esta excusa quiso continuar su cortejo y, a través de su hermano, envió la Vida manuscrita de Moratín al rey el 2 de junio, por si el monarca la quería leer antes de que se imprimiera, y así rectificar lo que considerase. Fernando contestó que la leería con mucho gusto, pero simplemente indicó que si lo había redactado Musso sería bueno.²⁷

Esta edición de Moratín fue considerada críticamente por la férrea intervención de la Academia sobre los textos del autor madrileño. Mesonero, por ejemplo, la consideró estropeada por la censura (Mesonero, 1994: 378), y el propio Musso escribió que se unía a los que desaprobaban la mayoría de las enmiendas introducidas (Musso, 2004: I 478). Muy expresivas resultan las opiniones de Félix José Reinoso que, en correspondencia con Musso, inédita hasta ahora, criticaba la edición realizada por «los inválidos de nuestra vieja literatura» que «han mutilado los *Orígenes*: chapodado y mal zurcido las comedias y demás piezas, por el loable celo de suprimir cuanto hiciese relación a frailes, u otra semejante collonería», mientras las estampas le parecían «fatales, por haberlas encomendado a una litografía infantil, que jamás se robustecerá por haberle ligado los brazos»²⁸. Cuando Musso le respondió sobre su actuación en la edición y su autoría de la biografía de Moratín que la encabezaba, Reinoso le contestó que una cosa era lo que le dijera a él y otra que promoviera cualquier crítica pública a los personajes que la realizaron, pero aprovechó para criticar que en la Vida hiciese mención al «francesismo» del personaje —léase «afrancesamiento»—, pues como todos los que tuvieron relación con ese gobierno, «legítimo o bastardo, era el de España», terminando por recomendarle que un hombre ilustrado no debía caer en dicho error y que en las biografías francesas no se consideraban esas cuestiones.²⁹ Razonable diatriba viniendo del autor del *Examen de los delitos de infidelidad a la patria* (1816), considerado como el *Alcorán* de los afrancesados por parte del joven Menéndez Pelayo (Moreno, 2011: 204). Musso anotaría: «Reinoso está furibundo con la edición del Moratín... y ha llevado a mal que yo... me haya explicado en términos poco favorables a los afrancesados».³⁰ Más explícito escribió a José de Madrazo: «La coleccioncita de las estampas de Moratín prueba que también en aquel género hace cosa buena, y digan lo que quieran contra aquellas viñetas los afrancesados, gente a quien tengo entre ojos, como a todo el que no es leal francamente y a toda prueba».³¹ Eso no

25 Carta de Antonio Javier González Oña a José Musso de 7 de enero de 1831 (BACAM).

26 Los apuntes tomados por Musso de este material se han publicado en Musso, 2004: II 277-284.

27 Entrada del *Diario* de Musso del 2 de junio de 1830 (AMC).

28 Carta de Reinoso a Musso de 30 de septiembre de 1831 (BACAM).

29 Carta de Reinoso a Musso de 16 de diciembre de 1831 (BACAM).

30 Entrada del *Diario* de Musso del 21 de diciembre de 1831 (AMC).

31 Carta de Musso a José de Madrazo del 24 de enero de 1832. En una anterior de 30 de octubre de 1831 ya le había advertido de los juicios que profesaban contra las estampas de Moratín «cierta gente de esa Corte» (Archivo Particular).

impediría que siguiese relacionándose amistosamente con Reinoso, le pidiera consejos literarios e incluso colaboraciones poéticas para la *Colección Litográfica*, que el sevillano no aceptó (García López, 2022).

En los meses siguientes a su partida, su hermano Pedro Alcántara y José de Madrazo le transmitirán que el monarca le seguía recordando y le animaron a esperar una colocación en la Corte que nunca llegó. El lorquino solo conseguiría del monarca, años después, ser nombrado gentilhombre de Cámara. Debió permanecer en Lorca hasta finales de 1833, cuando precisamente la muerte de Fernando VII elevó todavía más las influencias de algunos de sus amigos afrancesados y fue reclamado a la Corte.

«DESTIERRO» Y BREVE TRIUNFO: 1830-1835

El «destierro» lorquino se prolongó desde julio de 1830 a noviembre de 1833 cuando, una vez fallecido Fernando VII, Musso sería nombrado subdelegado provincial de Murcia. En 1830 intentó recomponer su maltrecha hacienda y siguió sus actividades literarias, fundamentalmente la redacción de textos para la *Colección Litográfica*, lo que le mantuvo en estrecho contacto con José de Madrazo, a quien no dejaría de lamentarse por vivir condenado en aquel «Ponto Euxino» (García López, 2022). Para la Real Academia de la Historia trabajó en las *Crónicas* de Fernando IV, a las que añadió algunos trabajos sobre la madre del monarca, María de Molina, lo cual tuvo una interesante repercusión posterior por el simbolismo político que tendría este personaje histórico durante la regencia de María Cristina de Borbón.

Abandonado Madrid, no siguió en las comisiones de la edición de Moratín, ni en la del *Sumario de Antigüedades* de Ceán Bermúdez, que una Orden Real había solicitado completar a la Real Academia de la Historia en enero de 1830 (Maier, 2020). Para ello se había formado una comisión con José de la Canal y Diego Clemencín y, a propuesta del primero, se añadió a Musso. El trabajo de Ceán requeriría un gran esfuerzo a estos estudiosos y así Clemencín le escribiría en febrero de 1831, «Mañana pensamos que sea el último del bendito *Sumario* ceacesco que queda todo lleno de borrones como cara de Carnaval. Crea Vm que teníamos gana; y protesto tres veces no admitir otra vez comisión que se le parezca» (Molina, 2001a). La correspondencia con sus compañeros académicos le iría poniendo al día de estos trabajos, fundamentalmente a través de Fernández de Navarrete y el citado Clemencín. Este también administraba la cuenta de Musso en la Academia y le iba comprando libros que enviaba a Lorca a través del hermano Pedro Alcántara, entre ellos varias ediciones de los *Diez libros* de Vitruvio y una edición de *Los cuatro libros de la arquitectura* de Andrea Palladio (Molina, 2001a). También se encargaría de pagar a Madrazo algunas de las estampas que este enviaba regularmente a Lorca. A su vez, Musso le ayudó en la edición de su *Quijote* comentado, que se empezaría a publicar en 1833 y, una vez fallecido Clemencín al año siguiente, el lorquino siguió ayudando a sus hijos para que se imprimiesen los seis volúmenes de la obra durante la segunda mitad de los años 30.

Para la Real Academia Española continuó ejecutando otras comisiones, corrigiendo varias voces de la séptima edición del *Diccionario* de esta institución, así como la escritura de determinados términos científicos y realizando el prólogo de la misma (Molina, 2001b). Sus continuos trabajos y extensas relaciones, conllevaron que durante esos años mantuviera correspondencia con multitud de aristócratas, literatos y artistas, una documentación que solo se ha conservado parcialmente, pero que es sumamente interesante y que completa lo escrito en el *Diario* por esos años. Ya se ha hecho mención a su correspondencia con Sebastián de Miñano, Alberto Lista, Gómez Hermosilla y Félix

José Reinoso. Los dos primeros, además, le compraron libros y periódicos en París y se los fueron enviando a Lorca (Molina, 1999b). Asimismo, ayudó mucho a Manuel José Quintana en los sucesivos tomos de las *Vidas de españoles ilustres*, para los que en alguna ocasión también había realizado la censura académica. A él envió por ejemplo una copia de la fe de bautismo del conde de Floridablanca, que el escritor madrileño necesitaba para completar su biografía.³²

Pero fue después de más de tres años de ausencia, cuando Musso pudo regresar a la Corte en noviembre de 1833. Parece que las primeras conversaciones con el ministro de Fomento Javier de Burgos se llevaron a través de su hermano Pedro Alcántara, siempre bien posicionado en la Corte. Este avisó al literato de que debía volver a Madrid (Sánchez Llorente, 2000). En estas gestiones también fueron muy influyentes sus amigos afrancesados. Recordemos que en ese momento y tras la muerte de Fernando VII a finales de septiembre, el presidente del gobierno seguía siendo Francisco Cea Bermúdez. Sebastián de Miñano había estado muy cercano a Cea, se reunió con él en París, cuando este regresaba a España y, según su versión, consiguió que sus amigos Alberto Lista y Félix José Reinoso se encontrasen entre los favorecidos por el nuevo gobierno. Lista fue nombrado redactor de la *Gaceta de Madrid* (Juretsche, 1951: 154), donde también empezó a trabajar el «sobrino» de Miñano, Eugenio de Ochoa. Igualmente, Reinoso fue un personaje influyente en esos años, definiéndosele como un poder en la sombra en el gobierno de Cea Bermúdez (Martín Villa, 1872: I CXXXIX).

Pero la influencia de estos personajes se orientaba sobre todo a través del ministro de Fomento, el también exafrancesado Javier de Burgos, con el que habían compartido proyectos políticos y periodísticos durante muchos años. Burgos fue uno de los hombres fuertes del nuevo gobierno y sería uno de los redactores del *Estatuto Real* que entraría en vigor en abril de 1834 y organizaría la política de esos años (Marichal, 1980: 87). También creó entonces una nueva división administrativa en provincias y promovió la búsqueda de personalidades políticas de un amplio espectro para ocuparlas. Entre esta diversidad de opciones es como el propio ministro mencionaba a José Musso entre los elegidos para ocupar un puesto dirigente provincial (Burgos, 1850: I 22).

Musso también aprovechó esa visita a Madrid para visitar el Establecimiento Litográfico, donde se encontró con un José de Madrazo exultante por su sistematización del Tívoli como un lugar «regio». Sin embargo, al lorquino le pareció que no podría asumir una gran carga de trabajo porque solo asistían a él tres litógrafos, dos de ellos «paisistas». También visitó las Reales Academias de la Historia y Española, donde fue recibido calurosamente por sus antiguos camaradas. Resulta significativo que en esta última se le ofreciera la secretaría, pero que él la rechazara porque su escaso rendimiento económico no le permitiría el regreso a Madrid: «¿qué hago yo con 12 reales diarios?» (Musso, 2004: I 265).

Fue a través de Alberto Lista como Javier de Burgos hizo llamar a Musso, entrevistándose con el ministro el 26 de noviembre. Entonces ya le anunció que le tenía en cuenta para ponerle al frente de una de las 49 provincias españolas. Fue también entonces cuando le advirtió del peligro de los jacobinos, mucho más peligrosos en ese momento que los carlistas (Musso, 2004: I 269-270). Pocos días después se encontrará con Reinoso, quien le explicó que le había incluido en una lista para un empleo en el Ministerio de Fomento. Aunque Burgos le confirmase el puesto el 10 diciembre, el nombramiento no sería oficial hasta el 17. Mientras, pasó a visitar a la reina regente y al presidente del Consejo, Cea Bermúdez, quien le insistió en la misma idea: sus verdaderos enemigos eran

³² Entrada del *Diario* de Musso del 24 de enero de 1831 (AMC).

los jacobinos. Musso, sin embargo, ya estaba al tanto de que se consideraba al ministro de Estado «demasiado absolutista y que no ve más que jacobinos», y que se mantenía en el poder con extraordinarias dificultades. Sería sustituido por Francisco Martínez de la Rosa el 15 de enero siguiente.

El nombramiento como subgobernador de Musso causó consternación entre los liberales exaltados en Murcia, que conspirarán contra él desde el primer momento, «dicen que no soy demasiado liberal», escribirá el literato (Sánchez Llorente, 2000). En 1831 ya le acusaban en Lorca de ser enemigo de las libertades y partidario de la tiranía.³³ Ante esta perspectiva, el lorquino nunca dejó de recordar los sucesos de 1822 y no se sintió lo suficientemente seguro para viajar a Murcia hasta mediados de enero, siendo denominado gobernador civil en mayo, cuando pasó a depender del Ministerio del Interior. Su puesto estaba constituido de una amplia autoridad administrativa, que ejercía el mando político y tenía competencias en materia de política, sanidad, obras públicas, industria, comercio, instrucción y orden público, además del control de ayuntamientos y diputaciones, dejándose la autoridad militar en manos del comandante general. A pesar de algunos intentos de reforma educativa, Musso poco pudo hacer en esos conflictivos años plagados de altercados con partidas de «facciosos» que se unían a monasterios también proclives a los carlistas. Esta situación inestable y que tendía a devenir en explosiva entre los nostálgicos del Antiguo Régimen y los que querían ir mucho más allá en las reformas, se complicó con dos hechos que arrasaron la provincia, la aparición del cólera —causa de la muerte de su propia esposa— y la terrible riada que asoló Murcia en octubre de 1834 (Sánchez Llorente, 2000; Vilar García, 2003).

Martínez de la Rosa había sustituido a Francisco Cea en enero de 1834 y, a su vez, fue desbancado por José María Queipo de Llano, conde de Toreno, en mayo de 1835. En abril de este último año, Musso había sido nombrado gobernador civil de Sevilla, puesto al que se incorporó en julio. Sin embargo, las revoluciones junteras contra el gobierno moderado de Toreno comenzaron en septiembre y sacudieron especialmente a Andalucía. La Junta Provincial de Sevilla se constituyó el 2 de septiembre y ejerció sus funciones hasta el 3 de octubre (Gil Novales, 1983). Dicha Junta pidió a Musso que se uniera a ella, pero este se negó a hacerlo, y terminó huyendo de la ciudad en dirección a Madrid, dejando a sus hijos pequeños en casa de los Puente y Apezechea. La de Sevilla fue una más de las rebeliones de grandes ciudades con la que elementos progresistas se enfrentaban al poder central para obtener el poder, lo que conseguirían al alzar a la presidencia a Álvarez Mendizábal. Los delegados directos del poder central podían colaborar con las juntas e incluso ponerse al frente de ellas, lo que era la solución más rentable para ellos, pues su oposición podía costarles la vida, como fue el caso de Bassa en Barcelona. En otros casos optaban por desaparecer lisamente (Nieto, 1996: 122). Esta última fue la opción de Musso tras rechazar unirse a la junta provincial de Sevilla, que publicó un artículo contra Musso en el *Diario de Sevilla* del 13 de septiembre para explicar lo ocurrido. El lorquino se defendió publicando en el mismo periódico un relato de su actuación política en la ciudad el 29 de diciembre, donde terminaba explicando que «sus principios políticos no han podido avenirse con nuestro estado actual y este ha sido el único motivo para abandonarnos» (Molina, 2006). No debemos olvidar que las revueltas de las juntas estaban dirigidas contra el gobierno moderado de Toreno, y que esta actuación consiguió derribarlo y llevar al poder al citado progresista Juan Álvarez Mendizábal (Moliner, 1997: 134).

³³ Carta de Musso a José de Madrazo del 7 de marzo de 1831 (Archivo particular).

POLÍTICA, LITERATURA Y OCIO EN EL MADRID LIBERAL

Es interesante analizar el citado artículo que Musso publicó en el *Diario de Sevilla* a fines de diciembre de 1835, pues nos ofrece algunas claves de cuáles eran sus intereses y objetivos en ese momento. El lorquino no solo trató de defenderse de las acusaciones que se habían deslizado contra él desde la Junta Provincial más de dos meses atrás, sino que también aprovechó para expresar algunas de sus convicciones en torno al ambiente político de aquellos días. Hay que tener en cuenta que durante esos meses se fueron concentrando las fuerzas de los moderados contra el gobierno de Álvarez Mendizábal que, a partir de enero, se reunieron alrededor de Martínez de la Rosa, lo que motivó en último término la convocatoria de elecciones en febrero. Musso hizo fe de liberalismo y escribió sobre su rechazo de las bayonetas extranjeras que habían acabado con el Trienio para apoyar «la superstición y la tiranía», subrayando que «ni entonces, ni en los diez años que pesó sobre la Patria su ominoso imperio quise ni admití nada, anteponiendo vida oscura y retirada, y la ruina de mis intereses a la vileza de servir a un sistema contrario al que antes había elogiado en mis escritos y abrazado y sostenido en mi vida pública y privada» (Musso, 2004: 1 310), refiriéndose sin duda a su escrito sobre Fernando VII como rey constitucional. En este sentido, es significativo que Eugenio de Ochoa recogiese póstumamente un extracto de ese *Discurso gratulatorio al Sr. Fernando VII* entre la selección de sus obras en 1840, pues es uno de los textos donde su autor expresaba más claramente su carácter liberal.

En enero de 1836, Musso puso en circulación su artículo del *Diario de Sevilla*, interesado en dar a conocer su actuación en la crisis de la ciudad del Betis de septiembre pasado y en aparecer como un liberal sin tacha. Así lo elogiaron calurosamente sus amigos en el Ateneo, Mesonero, Lista y José Antonio Ponzoa, quien indicó que dicho escrito era «un código».³⁴ Dos días después remitió ejemplares del artículo a Murcia indicando «la necesidad de contribuir a evitar la anarquía». La actividad política de Musso durante esos primeros meses de 1836 fue muy vehemente. El literato lorquino vivió intensamente ese modelo de transición desde arriba que fueron los años del régimen del Estatuto Real y que trataba de hermanar el orden y la libertad, según Martínez de la Rosa, con el objetivo de crear un sistema de notables de voluntad bipartidista, los llamados liberalismos respetables. Como ha escrito Isabel Burdiel, en un momento de formación de los partidos políticos, la gestión política profesional solo existía a través del grupo parlamentario, el comité electoral y la redacción del periódico. Así se constituirán los partidos sobre una base electoral enormemente restringida, para crear una asamblea de notables conservadores que confiriese una legalidad representativa al proyecto político del régimen (Burdiel, 1987). Musso, que había participado en ese sistema como gobernador civil, vivirá los primeros meses de 1836 participando plenamente en el febril estado político en el que convivían el parlamentarismo, las elecciones y el periodismo, y que llevaría dicho régimen del Estatuto a su precipitado final durante el mes de agosto. Lo más interesante es que nos hace un relato certero de cómo y dónde se producen esos debates, que tienen lugar en los nuevos escenarios que la Corte había puesto a disposición de los miembros de su clase y donde se producirá el gran maridaje entre la política y la literatura, cuando la expansión de los nuevos medios periodísticos se convirtió a su vez en uno de los grandes protagonistas de la época.

Así, Musso describirá los nuevos escenarios de la ciudad liberal: el gran salón del Teatro de la Ópera, los cafés, la Bolsa, el Circo Olímpico de la plaza del Rey, y la nueva

³⁴ Entrada del *Diario* de Musso del 26 de enero de 1836 (AMC).

adecuación de otros lugares de cultura como el Real Gabinete de Historia Natural y el Museo del Prado. Naturalmente, no dejó de participar en las instituciones promotoras del saber, las reales academias pero, además, fue protagonista desde su inicio en los nuevos centros que buscaban difundir la cultura y que ahora nacieron, como el Ateneo y el Liceo (De la Guardia, 2014).

Viudo, con sus hijos pequeños todavía en Sevilla, Musso vivirá un intenso comienzo de 1836, plasmándolo en las mejores páginas de su *Diario*. En esos meses estuvo inmerso en la vorágine política y literaria junto a sus numerosos amigos. Literatos, pero también actores y cantantes de ópera, artistas y, como no, políticos. Así se entrevistará con ministros como Martín de los Heros o el duque de Rivas, mientras presidentes del Consejo como Mendizábal, Istúriz o Martínez de la Rosa, también aparecen en sus escritos, si bien en un segundo plano, pero ocupando los mismos espacios de sociabilidad e intercambiando saludos y mensajes.

Especialmente intensa será su relación en esos momentos con Ramón Mesonero Romanos, con el que se reunía diariamente. Era tras visitar su casa cuando se tramaba el plan para la tarde y la noche. Singularmente memorables son sus descripciones de las fiestas de máscaras que se desarrollaban en el Teatro de Oriente o en algunos de los cafés como el de Santa Catalina, e incluso en la plaza de toros, adquiriendo aquí un aspecto más popular. La descripción del gran salón, de las lámparas de araña, las salas de baile y el ambigú del Teatro de Oriente, es especialmente significativa de una sociedad efervescente, donde políticos y literatos pululan entre el gentío, enzarzándose en discusiones de todo tipo hasta la madrugada. Los lugares vividos también aparecerán después en la prensa por parte de sus protagonistas, y así Musso anota el artículo del *Semanario Pintoresco* de febrero de 1837 donde aparece una vista del «Salón de Oriente»: «Este artículo está escrito con el chiste que acostumbra Mesonero... conoce muy bien el autor las costumbres de Madrid».

Otro lugar habitual de encuentro y discusión son los cafés y las fondas, donde Musso describe las opíparas comidas que comparte con sus compañeros de tertulia. La Fonda del Comercio será su preferida, pero también aparecen las de Geniey, de Europa o el Café de los dos amigos. A veces trasladan sus «cuerpos» a alguna otra. En las *Delicias de la Bética*, fonda de la calle de Fuencarral, y se les añaden Mariano Roca de Togores, un habitual, y Mariano José de Larra, con el que también comparte a menudo lugares y actividades. El menú es variopinto: «hemos ido trasladando a nuestros estómagos la comida siguiente: sopa de macarrones con almejas, arroz con pimientos, ostras, chuletas de cerdo, lenguado, sardinas, salmonetes, pavo, ensalada de apio, calamares, almejas, pepinillos en vinagre, aceitunas, anchoas con huevo, pan y manteca, camuesas, uvas, almendras y pasas, vino chacolí, burdeos, café con leche y royo. El escote ha sido a 40 rs. con propina».³⁵ Ahí se discute de política, pero igualmente se leen los artículos de los concurrentes —también los de Musso— y se trama para hacer llegar a los amigos como Mesonero a la Real Academia Española. El paso siguiente del grupo podía ser ambivalente, dirigirse hacia una fiesta de máscaras o hacia el Ateneo, en ambos lugares encontraban a públicos similares.

La actividad de Musso en el Ateneo de Madrid es especialmente destacable, pues durante el año 1836 será uno de sus más entusiastas promotores, dejando viva memoria de sus actividades, lo que es una notable referencia de un año del que no se conservan las actas de la institución (Labra 1878: 109). El lorquino estuvo ya entre los presentes el día de la primera Junta General de 26 de noviembre de 1835, en la Casa de Abrantes de la calle del Prado (Labra, 1878: 67), y el 4 de enero fue elegido bibliotecario de la institución,

³⁵ Entrada al *Diario* de Musso del 12 de diciembre de 1836 (AMC).

el mismo día, señala, que se admitía a Larra. El Ateneo fue una de las instituciones más importantes de la capital en aquellos momentos, donde se dieron cita muchos de los grandes protagonistas de la actividad cultural y política del Madrid liberal.

Mientras las academias van quedando relegadas a un papel de erudición, el Ateneo se convirtió en un lugar donde se discutía la actualidad y desde el que se pretendía ejercer una influencia en la sociedad. Como indicaba Mesonero, el Ateneo cumplía la triple condición de ser academia, instituto de enseñanza y círculo literario, es decir, una fundación que seguía el lema «civilización, recreo y amistad». No solo se trataba de las ciencias y artes sino también de la política. En enero de 1836 ya se podía escuchar allí una conferencia de Martínez de la Rosa sobre la influencia de la política en la literatura mientras, al mes siguiente, se discutía de cómo el gobierno podría sacar más provecho de los Bienes Nacionales, un tema de trepidante trascendencia por aquellos días.³⁶ Posteriormente, se instauraron una serie de cátedras de las diferentes ramas científicas de la institución y uno de los primeros debates fue la pertinencia de que la prensa anunciara las conferencias y diera cuenta de sus resultados. Así ocurrirá por ejemplo con Larra quien, desde las páginas de *El Español*—el periódico de los liberales moderados— informó a menudo de las distintas conferencias que tenían lugar en dichas cátedras, especialmente las de literatura y economía política a partir de su inauguración durante el mes de junio (Larra, 2009: 1 974).

Estas cátedras estuvieron ocupadas por varios de los amigos de Musso, entre ellos Alberto Lista, que dedicaba los martes a explicar literatura. Enfocado en principio a la poesía dramática, Lista trató de distinguir entre las normas aristotélicas que sigue el clasicismo y las nuevas del romanticismo, terminando por plasmar sus juicios: «ha concluido detestando de los de Victor Hugo y compañía por su moral perniciosísima».³⁷ El sevillano siempre fue uno de los referentes literarios de Musso, y como tal escuchó con atención tanto sus conferencias como sus opiniones de los contemporáneos, como cuando decía de Martín Fernández de Navarrete que era «buen escritor en cuanto a estilo y lenguaje, semeja a una caballería cargada de materiales para que otros hagan las obras».³⁸ Lista le introdujo en aquellos tiempos, por ejemplo, en la poesía de José María Blanco White.

En 1836 Musso fue admitido en la Real Academia de Ciencias Naturales y siempre se mostró particularmente orgulloso de este nombramiento. De hecho, a pesar de participar en todas las secciones del Ateneo solo presidió la Segunda, la dedicada a las Ciencias Naturales (Guía, 1838: 205) y rechazó dirigir la cátedra de Filosofía de las artes en 1837, quizá porque por entonces el liberalismo que allí predominaba era demasiado progresista para su pensamiento. Uno de las actividades que más ocupó a Musso como bibliotecario del Ateneo fue verificar los títulos que necesitaba la nueva institución y a qué publicaciones debía suscribirse cada sección. Junto a Mesonero se dirigió a librerías en busca de ejemplares, como a la casa del fallecido librero Manuel Gámez para investigar en sus inventarios, o a la nueva «Agencia de periódicos y libros franceses» que se había establecido en la calle de Preciados, para la adquisición de publicaciones extranjeras.

Como era habitual en la época, Musso fue un gran lector de periódicos y estaba perfectamente al tanto de las publicaciones de su tiempo, de sus redactores y de la inclinación política de cada una. La prensa era de suma importancia en ese momento. Cuando todavía no existían partidos políticos como tales, el aglutinamiento de los partidos se establecía por medio de los diferentes periódicos (Peña, 2014). Además, habían surgido nuevas publicaciones orientadas específicamente a tratar temas científicos y cultura-

36 Entradas al *Diario* de Musso del 14 de enero y del 6 de febrero de 1836 (AMC).

37 Entrada al *Diario* de Musso del 14 de junio de 1836 (AMC).

38 Entrada al *Diario* de Musso del 14 de octubre de 1836 (AMC).

les. Él mismo participó habitualmente en la prensa a través de artículos en diferentes medios. En enero de 1836 incluso pensó en fundar un periódico junto a otros amigos. En principio querían que esta publicación estuviese vinculada con el Ateneo, pero cuando comprendieron que esta vía era imposible, trataron de crear una publicación autónoma que, en principio quisieron titular como *El Liceo*. Musso cita a José Antonio Ponzoa, José Luis Casaseca, José de la Revilla, Mesonero Romanos, Roca de Togores, Bordiú, Joaquín Francisco Pacheco, Eusebio María del Valle, Donoso Cortés y Ventura de la Vega, a los que se unieron después el duque de Rivas y Larra. Más tarde el título cambió a *Revista matritense* y el objetivo era que el primer número viese la luz el primero de marzo, pero ya a comienzos de febrero el proyecto se desechó. Sin embargo, Mesonero emprendería su propio camino fundando el *Semanario Pintoresco*, del que Musso se hace receptor del primer número a comienzos de abril de 1836, disgustado ante las estampas que contenía: «Falta mucho a este periódico en la parte artística para llegar a la perfección», una crítica habitual hacia la publicación por la escasa calidad de sus imágenes (Rubio, 1995).

Musso se mostraba admirador de los diarios moderados, como *El Nacional*, dirigido por su amigo Andrés Borrego, y en el que escribirá algún artículo, como veremos más adelante. Asimismo, estaba de acuerdo con *La Abeja* —periódico considerado ministerial por los gobiernos de Martínez de la Rosa y el conde de Toreno— porque, nos dice, escribe con vigor contra los jacobinos. Recibe con expectación a *El Jorobado*, que empieza a publicarse en marzo de 1836 y al que en alguna ocasión se calificaba incluso de carlista por su conservadurismo, o *El Zurriago*, en enero de 1837, del que escribe «se conoce que es del bando del *Español* y de los demás hombres de juicio». Mientras, no ahorra críticas, por ejemplo, al *Eco del Comercio*, el periódico portavoz de los progresistas y que se identificaba con Álvarez Mendizábal y su proyecto desamortizador.

Musso se muestra también bien informado de los redactores de todas estas publicaciones —algo solo plausible para los buenos conocedores de ese mundo porque la mayoría de los artículos eran anónimos—, e incluso de la economía de sus empresas. Así, en conversación con su primo, Antonio Pérez de Meca, este le informa de que «había conocido a Borrego durante su emigración y que no le creía capaz de desenvolverse tanto. La empresa gana libres de gastos 20 mil reales mensuales, de los cuales 15 mil son para Borrego... y tiene hasta coche. Paga a los correctores de pruebas mil reales mensuales y tiene una porción de ellos».³⁹ También Eugenio de Ochoa, quien durante un tiempo había trabajado en *La Abeja*, «en cuyo periódico quería él que siempre se sostuviese el orden y la justicia», le informa del declive de *El Artista*, confesándole en abril de 1836 que ya solo cuenta con 80 de los 300 suscriptores de los que llegó a tener. Un tema en el que el propio Musso, como dijimos, estuvo personalmente implicado. El lorquino también lleva en ocasiones artículos al periódico por propia iniciativa, como cuando contempla en el Teatro de la Cruz el primer acto de *Otelo* y el segundo de *Ana Bolena*, una «pepitona» por la que decide llevar un escrito a la oficina de *El Español*, que retirará días después.

Y es que la actividad más frecuente de Musso por entonces será su asistencia al teatro y a la ópera, sobre los que irá insertando críticas en su *Diario*, informando de los estrenos, las tramas dramáticas, la actuación de cantantes y actores y las reacciones del público. Incluso hará circular estas críticas manuscritas entre sus conocidos. Sin duda la ópera será su gran pasión, una actividad que se convertirá en diaria y por la que alternará con músicos, empresarios teatrales y cantantes. Destaca su estrecha relación con María Manuela Oreiro Lema (1818-1854), una de las grandes intérpretes del momento (Molina, s. a.), de quien se convertirá en un estrecho amigo, no dudando en llevarle los tomos de

³⁹ Entrada al *Diario* de Musso del 13 de junio de 1836 (AMC).

L'Antiquité expliquée de Montfaucon para que se elaboraran los vestuarios de las óperas de época según sus estampas, o facilitándole algunas joyas familiares para que las utilizase en el escenario. A ella llevaba sus habituales artículos de crítica operística que hacía circular manuscritos, mientras Lema le rogaba que se llevaran a la imprenta. A la ópera conseguirá arrastrar a Alberto Lista para ver *Norma*, una de las favoritas de Musso: «le ha llenado de entusiasmo», escribirá. En el resumen del año 1836 consignará que no se ha perdido ni una sola ópera de las estrenadas en la capital, y que los artículos que ha formado sobre sus representaciones han sido su principal ocupación literaria. Musso había formado un tratado sobre la ópera y llegará a escribir por esos días «¿Qué encanto más digno del hombre que el de la música?» (Molina y Molina, 2003).

De entre los personajes del teatro, la política y la literatura que Musso se encontró durante estos años, destaca lo que escribió sobre Mariano José de Larra. Ya hemos visto cómo coincidía con el escritor madrileño en diversos ambientes, los cafés, las fiestas de máscaras, las comidas en las fondas junto a amigos comunes. También lo hará en la calle o en el teatro, deteniéndose a menudo a conversar con Fígaro. El 13 de septiembre de 1836 le dedicó una pequeña entrada en su *Diario*, en la que desgrana mínimamente su obra y personalidad. Le considera como poeta más que como dramaturgo, como escritor político destaca su sentido del humor y «malignidad». También indica que el mismo Larra no tenía reparo en hablar de la separación de su mujer, lo que le había llevado a realizar algunos viajes al extranjero. Con mayor solemnidad volvió a retratarle el 14 de febrero de 1837, al día siguiente de su muerte. De nuevo destaca sus folletos satíricos diciendo que «era chistoso pero maligno, y su lenguaje bueno». Después escribe que conversó con él el mismo día de su fallecimiento: «Ayer a eso de las once y media de la mañana estuvimos hablando de broma en la calle de la Montera y a las ocho de la noche se disparó un pistoletazo con que se quitó la vida». Durante los días siguientes, Musso fue recogiendo los comentarios a la noticia de la muerte de Larra en diferentes ambientes. Su amiga, la cantante María Manuela Oreiro Lema se sintió tan conmovida que sufrió una indisposición. El lorquino también recopila más información de la que circulaba en ese momento sobre Larra, los detalles del suicidio y el magnífico entierro que le habían proporcionado sus amigos.⁴⁰ Todavía semanas después, Musso seguía recogiendo en su *Diario* las conversaciones que se desarrollaban en las tertulias donde todavía se hablaba del trágico destino de Larra: «Lamentóse el fin desastroso del último y no menos su escandaloso entierro y los discursos que se pronunciaron sobre la sepultura».⁴¹ No hay duda de que el suicidio del escritor había conmovido a la sociedad madrileña.

Musso también relatará otras actividades de ocio y distracción en el Madrid de la época, y entre las curiosidades que ofrece la capital describe el *Paseo pintoresco por Granada* que se ofrece a tres reales en la calle de la Estrella, una colección «de vistas en perspectiva con luz artificial dispuestas de modo que parecen de bulto», gracias a las que se pueden recorrer algunas piezas de la Alhambra. O el Circo Olímpico de la plaza del Rey, un espectáculo al que se hará tan aficionado que Mesonero le pedirá un artículo para el *Semanario Pintoresco*. El lorquino también glosará los paseos por la ciudad o por los espacios suburbanos. Describe por ejemplo lo que denomina «El paseo de San Isidro», que le permite hablar de la conclusión de la Puerta de Toledo y las esculturas de sus amigos, los escultores Ramón Barba y Valeriano Salvatierra y el consiguiente recorrido por el Puente de Toledo hasta la Ermita del santo. Más prolijo se mostrará en la festividad de San Isidro, el 15 de mayo de 1837, cuando describa la pradera durante

⁴⁰ Entrada al *Diario* de Musso del 16 de febrero de 1837 (AMC).

⁴¹ Entrada al *Diario* de Musso del 26 de febrero de 1837 (AMC).

la fiesta popular que disfruta con sus hijos, y describa el gentío y aderezo de la ermita madrileña.

También tienen cabida los ocios instructivos, algunos de los cuales gustará de frecuentar también con sus hijos cuando estos lleguen a Madrid. Musso celebra por ejemplo la nueva sistematización del Real Gabinete de Historia Natural, cuyos objetos colocados ya numéricamente y siguiendo los métodos de Linneo, permiten que la visita sea más didáctica, señalando que en cada sala está ubicada una tablilla que sirve de guía para los curiosos. También recoge los artículos de la prensa que tratan del tema, como el aparecido en el *Semanario Pintoresco* y que atribuye a su amigo Mesonero. Cuando ha ido varias veces a visitar el centro, Musso ya se encamina con sus hijas, explicando la parte de mineralogía, hasta que «un importuno con un olorcillo a racimos exprimidos en lagar» les obliga a marcharse.⁴² Asimismo, recorre con sus amigos o sus hijos, las salas del Museo del Prado, paseando metódicamente los espacios destinados a las diferentes escuelas, también las salas que se habían habilitado de forma más reciente y que ocupaban las pinturas de las escuelas flamenca y holandesa que él se había ocupado de catalogar años atrás.

Uno de los rasgos más distintivos de Musso fue su catolicismo militante y sin fisuras. De hecho, se quejará de que muchos le tienen por poco liberal al acudir a misa diariamente: «en Murcia llega a tanto la brutalidad de los jacobinos que, cuando no tienen que poner otra tacha, dicen de alguien *sí es bueno, pero es liberal de los que oyen misa*». Una opinión que le exasperaba especialmente. Su gusto por el ornato católico motivará que traslade al *Diario* descripciones de los sermones y oficios religiosos a los que acuda, siendo de especial importancia las descripciones de las ceremonias que se producían por alguna celebración singular, como los cenotafios que se instalaban con motivo de los homenajes del 2 de mayo, oficiadas en la colegiata de San Isidro, o en los funerales de personalidades singulares, como el de la reina María Josefa Amalia de Sajonia.

Como muchos de sus contemporáneos, Musso fue también un apasionado de la madre Sor Patrocinio (1811-1891), la monja de las llagas del Caballero de Gracia, a la que no solo defendió denodadamente en su correspondencia, sino a la que solicitará rezos cuando alguno de los suyos esté enfermo. En general, nuestro literato se sintió molesto ante cualquier irreverencia religiosa, por nimia que pareciera. Así, por ejemplo, al leer un pasaje del *Semanario Pintoresco*, escribirá «El artículo “Todo sirve de algo” es un cuento impertinente y chocarrero; pretende el autor jugar con los libros santos y no sabe que estos deben siempre tratarse con profundo respeto». Incluso los disfraces de beatas o monjas en los bailes de máscaras le parecen improcedentes: «vestido en verdad ni elegante ni grato a la vista». De ahí que *L'Ami de la Religion*, después también en su versión castellana, se convirtiera en una de sus lecturas predilectas. A lo largo de los sucesos políticos ocurridos durante 1836, cada vez sentía con más certidumbre que los ritos católicos habían decaído del brillo y la majestad del pasado, tal y como ve reflejado en la procesión del Corpus de ese año, donde señala indignado que hay personas que no se quitan el sombrero al paso del Santísimo, o que incluso se ha tocado el himno de Riego y el *Trágala*. «Esta nación va a pasos largos perdiendo la vergüenza», anota.⁴³

EL PROCESO POLÍTICO DE 1836

Musso participó activamente en el complejo proceso político que se desarrolló en España durante el año 1836. Ya vimos que venía de ser gobernador civil de Sevilla y estaba

⁴² Entrada al *Diario* de Musso del 31 de octubre de 1836 (AMC).

⁴³ Entrada al *Diario* de Musso del 2 de junio de 1836 (AMC).

plenamente integrado en los ambientes donde se tomaban las decisiones. Su nombre todavía circulaba en los mentideros políticos. Incluso acudía al Estamento de Procuradores que tenía establecido el Estatuto Real en el antiguo convento del Espíritu Santo, donde le gustaba analizar las intervenciones de Agustín Argüelles o Antonio Alcalá Galiano. En otras ocasiones comentaba las intervenciones parlamentarias del día con Roca de Togores o Mesonero en la casa de este último. En las elecciones de febrero de ese año, convocadas por Álvarez Mendizábal para dejar al margen a los seguidores de Martínez de la Rosa, activó sus contactos epistolares en Murcia, Cartagena y Sevilla a favor de los candidatos moderados, pero no dejó de expresar su apoyo al gobierno ante la situación de crisis institucional que se había creado.

Musso se mostró siempre alejado de Juan Álvarez Mendizábal, al que no quiso ser «introducido». Este distanciamiento motivó que no creyese los rumores que le colocaban de nuevo al frente de alguna provincia, como el que le llega en enero de 1836 sobre la plaza de La Coruña. Incluso, algunos de sus amigos del Ateneo, como Eusebio María del Valle, marqués de Valle Santoro, pensaron en hablar con el ministro del Interior, Martín de los Heros, para que Musso volviera a ocupar el puesto de gobernador civil en Sevilla. Durante los meses siguientes, nuestro literato barajó varios planes para trasladarse a Lorca o a Sevilla, pero las noticias que le llegaban de su lugar de origen, le hacían sentirse inseguro. Esta situación le llevó a pedir protección al citado ministro, quien le ofreció plenas garantías para su seguridad personal, pero no activó ningún nombramiento para él. Tras muchas dudas sobre dónde reunir a su familia, Musso permaneció en Madrid, como le recomendó su amigo Olive en abril de 1836.

Entre marzo y mayo se fue diluyendo el grupo progresista que había hecho oposición a Martínez de la Rosa y fue perdiendo la fe en Mendizábal, teniendo este que dimitir el 13 de mayo. Fue sustituido por Francisco Javier Istúriz, su antiguo colaborador, lo que indignó a los liberales exaltados (Sánchez García, 2005: 225). La formación de un gobierno más conservador con Istúriz y Alcalá Galiano hizo que estos fueran recibidos con insultos por sus antiguos camaradas en el Congreso (Marichal, 1980: 106). Nuestro protagonista era vecino de Istúriz y Alcalá Galiano en la calle del Lobo en mayo de 1836, y fue testigo directo del clima violento que había producido el cambio ministerial: «se acercaron a esta casa, en cuyo cuarto principal vive el nuevo ministro de marina Alcalá Galiano y ha vivido hasta hace pocos días Istúriz, como 2 docenas de hombres que empezaron a gritar Muera Istúriz, Viva Mendizábal, mueran los pasteleros y otros dicharachos semejantes. Acto continuo, empezaron a pedradas y quebraron todos los vidrios; y, hecha esta grande hazaña, se retiraron».⁴⁴

La situación precaria de Istúriz motivó que convocara elecciones y el proceso de preparación de estas ofrece una panorámica excepcional para analizar la formación del partido moderado, que se aglutinó en torno a Martínez de la Rosa (Sánchez García, 2005: 228). En este grupo participaron muchos amigos y conocidos de Musso, especialmente periodistas como Donoso Cortés o Andrés Borrego, quien precisamente diseñó la plataforma electoral moderada durante ese verano y creó un programa conservador que se aglutinaba en torno a la idea base de su fuerte aprensión a la revolución (Romeo, 2012). A ese grupo también se adhirió Musso, participando plenamente en la campaña durante el mes de junio, de nuevo a través de sus contactos en Murcia y Sevilla para que se apoyase a los candidatos afines, designándosele a él mismo entre los elegibles. Durante todo ese mes de junio referirá la intensa actividad política que se vivía en el país, recogiendo las voces y los rumores que le proponen como candidato en Murcia o Sevilla, mientras

⁴⁴ Entrada al *Diario* de Musso del 16 de mayo de 1836 (AMC).

él volvía a distribuir su antiguo artículo del *Diario de Sevilla*, donde defendía su labor como gobernador civil, con lo que, según su impresión, conseguía cambiar la opinión de algunos próceres: «Ha confesado que se había engañado en el concepto que formó de mi conducta en Sevilla cuando los ocurrimientos de septiembre y que los principios que he sentado sobre la materia son muy ciertos».⁴⁵ Esos primeros días de junio de 1836, Musso mantendrá una relación especialmente estrecha con el ministro de Gobernación, Ángel Saavedra, el duque de Rivas, con el que conversa sobre diversos gobernadores civiles y las elecciones. Fue un mes de intenso trabajo en la preparación de los comicios, en el que abundaron las reuniones con las listas de candidatos por «la necesidad de contrarrestar las maquinaciones de los contrarios... [y] que todos trabajen para que salgan buenas».

A primeros de julio entrega la documentación como contribuyente para convertirse en elector, paso preceptivo en esas elecciones de régimen restringido, y el 13 de julio describe la jornada electoral. A las 8 de la mañana concurre al antiguo convento del Carmen calzado, donde ya estaba reunida la junta electoral. Los electores votan en público desde sus asientos para elegir a los secretarios escrutadores, entre los que son elegidos Álvarez Mendizábal y Salustiano Olózaga. Después Musso nos revela su propia votación de diputados: «Yo lo he hecho por Martínez de la Rosa, marques de Someruelos, D. José Fortagud y Gargallo, marqués de Vilomara, D. Andrés Caballero, D. Francisco Acebal y Amatía y D. Santiago Tejada». El 29 de julio explicará que, aunque en Madrid ha quedado por delante el partido de Álvarez Mendizábal, les ha faltado un diputado para la mayoría absoluta, por lo que «los amantes del orden» se han movilizado para promover a Someruelos, «Así lo he hecho yo votando por este en esta misma mañana», escribe.

Musso ya sospechaba que no saldría elegido diputado ni en Murcia ni en Sevilla, como en efecto ocurrió. Sin embargo, felicita a otros que sí tuvieron éxito, como su amigo José Antonio Ponzoa, de quien escribe: «Le di la enhorabuena y el hombre no puede disimular la gana que tenía de ser diputado». Sin embargo, la sublevación de los sargentos en el palacio de La Granja el 12 de agosto, impidió que se celebrase la segunda vuelta de las elecciones, y motivó que la constitución de 1812 volviera a estar vigente. Musso va anotando la situación de inestabilidad política que se vive en la capital, a la vez que refiere los rumores que le llegan, el asesinato del general Quesada o las circunstancias del levantamiento de La Granja. «Apenas hay persona de juicio que no se muestre cabizbaja y no pronostique males», escribe desde el desánimo con el que se le manifiestan los amigos y la disyuntiva en la que se encontraban: «Decíame uno ayer: No hay más remedio que sostener la Constitución o sufrir el yugo del Pretendiente».

DESAMORTIZACIÓN, PATRIMONIO Y LA VIDA DE LITERATO E HISTORIADOR

A partir de entonces, Musso dejará de participar activamente en la política, se irá refugiando más y más en sus estudios, artículos, las funciones de teatro y, sobre todo, en los ya citados espectáculos de ópera. Seguirá anotando los grandes momentos políticos, pero ya como mero espectador que asiste por ejemplo a la apertura de las cortes en octubre desde las gradas del convento de San Felipe en la Puerta del Sol, donde se encuentra junto a sus hijos, viendo pasar a la reina gobernadora. Esas cortes serán las formadas con el objetivo de la elaboración de la nueva constitución de 1837. Musso ya se muestra desconfiado, desanimado, sobre lo que considera que es la tercera constitución que nace desde el año 12 y que, «probablemente no será la última... el anhelo de un pueblo insensato que ni sabe ser leal ni ser libre».

⁴⁵ Entrada al *Diario* de Musso del 3 de junio de 1836 (AMC).

Uno de los debates políticos más intensos que se había producido inmediatamente antes fue el que había tenido como protagonista la desamortización de los conventos y monasterios de religiosos preconizado por el gobierno de Álvarez Mendizábal. Todos estos edificios quedaron tras la exclaustración a cargo de la Dirección General de Rentas y Arbitrios de Amortización, tras el Real Decreto de 25 de enero de 1836 (Bello, 1997: 233). Por una parte, una serie de edificios quedaban libres para ser adjudicados a diferentes instituciones públicas, que tan necesitadas estaban de nuevos espacios. Por otra, varias de esas construcciones fueron condenadas a la destrucción. Por ambas cuestiones, Musso participó con sumo interés en los debates que se establecieron entonces.

Sus contactos políticos hicieron que se implicase en intentar obtener alguno de esos edificios para las dos instituciones en las que estaba más implicado por aquellos años: la Real Academia de la Historia y el Ateneo. No perdió ocasión en la consecución de estos objetivos, incluso durante los bailes de máscaras del Teatro de Oriente pues, como hemos visto, era uno más de los momentos donde todos, literatos y políticos, se encontraban y discutían. Él mismo se quejaba de que, en ocasiones, la fiesta se había convertido en un escenario para la discusión política, «¿Es este baile, consejo de gobierno o el campo de Agramante? No vuelvo», escribía en enero de 1836. Sin embargo, unos días después aprovechaba otra fiesta similar para tratar con Martín de los Heros sobre un edificio al que se pudiera trasladar la Real Academia de la Historia. El ministro explicaba la difícil coordinación entre las instituciones necesitadas de aposento y los conventos desamortizados que querían ocupar: «Tratose de proporcionarle casa [a la Real Academia de la Historia] y dijo que escogiéramos el convento que nos acomodase; que él quería darnos la Biblioteca [Real], trasladándose esta a San Felipe el Real, porque se oponían dificultades; que en el último edificio quería poner la Bolsa, mas que él opinaba estaría mejor en la Cárcel de Corte, poniendo todas las cárceles en San Francisco. En cuanto a casa para el Ateneo, dijo que este no se consideraba como establecimiento público».⁴⁶ Más tarde se negará al Ateneo el edificio del Nuevo Rezado y Musso y sus amigos solicitarán a través del gobernador civil de Madrid, Salustiano Olózaga, el antiguo Hospital de convalecientes. Como es sabido, no será hasta 1871 cuando el edificio del Nuevo Rezado albergaría las dependencias de la Real Academia de la Historia.

La Real Orden de 11 de febrero de 1836 aprobaba la demolición de varios conventos madrileños de importancia, como el de San Felipe el Real, la Trinidad o la Merced, noticia que causó honda preocupación en los medios culturales y artísticos. Las Reales Academias de la Historia y San Fernando aprobaron en sus juntas de 19 y 21 de febrero, reclamar al gobierno contra la disposición tomada para las citadas demoliciones. La Real Academia de San Fernando envió un escrito de protesta donde se hacía especial mención del claustro de San Felipe, considerada una de las mejores obras de orden dórico de la capital (Bello, 1997: 250-252). Musso participó de estas protestas desde ambas instituciones y decidió dar un paso más allá elaborando un escrito para *El Español*. De acuerdo con Roca de Togores y el redactor principal del periódico, Borrego, escribió un artículo que apareció en *El Español* el 21 de febrero, aunque prudentemente estaba firmado con el anagrama «X. Y. Z.». El artículo se publicaba justo el día de la reunión plenaria de la Junta de San Fernando, en la que se decidió la reclamación al gobierno. Musso señalaba que el gobierno debería contar con los dictámenes de las reales academias, criticando que «una plazuela más o una calle más ancha contribuya al ornato público más que la conservación de lo que produjo el ingenio de hombres eminentes».⁴⁷ El debate llegó a las

⁴⁶ Entrada al *Diario* de Musso del 8 de febrero de 1836 (AMC).

⁴⁷ *El Español*, nº 113, 21 de febrero de 1836, s. p.

Cortes a finales de 1836, donde diputados como Salustiano Olózaga criticaron la postura de la Academia de San Fernando. Los periódicos progresistas disputaron contra los conservadores sobre las demoliciones de conventos, y mientras para los últimos estas construcciones eran monumentos que representaban la riqueza nacional, para los primeros simbolizaban baluartes de la barbarie y la tiranía. Además, su destrucción privaba a la Iglesia de presencia en la capital, mientras surgían en su sustitución nuevos edificios o espacios que reflejaban los avances del progreso (Gilarranz, 2021: 53-54).

La situación de los conventos suprimidos motivó que Musso recibiera varias comisiones de la Real Academia de la Historia, entre otras recoger los huesos del escritor Diego Saavedra Fajardo del convento de Agustinos Recoletos, lo que dio lugar a notables peripecias como dejó escrito Roca de Togores, casi al dictado del propio Musso (Fuentes, 1883: 6, 7, 12). Nuestro literato también se encargó de buscar entre los depositados en el monasterio de la Trinidad, un retablo que se acomodase a una imagen de Nuestra Señora de la Soledad que había sido trasladada a la colegiata de San Isidro. El encargo le produjo un sentimiento doloroso al ver la destrucción de tantos objetos de bellas artes que se habían hacinado sin cuidado en aquel lugar (Guirao, 2000).

Musso ya había estado implicado en el proyecto de salvaguardar el patrimonio histórico-artístico durante su breve paso por el gobierno provincial de Sevilla. Entonces, ante la situación creada por el comienzo de las exclaustraciones de conventos, había ideado la creación de un museo en Sevilla que recogiera y salvaguardara las obras de arte, incluso comprando los bienes a las instituciones religiosas. En agosto de 1835, escribía a José de Madrazo sobre sus intenciones:

yo aquí trato de formar un museo con lo que recoja de los conventos suprimidos, y ya he pedido al Gobierno que no me saque de la provincia ni un cuadro. Demás de eso pido ciertos fondos para la escuela de nobles artes que deberá convertirse en Academia, y pido en fin 15.000 reales de sueldo para el director [José] Gutiérrez [de la Vega], porque la asignación que tiene es una porquería. ¡Oh si yo tuviera facultades y medios como tengo afición a las artes! Ninguna nación nos ganaría, ¡Paciencia!⁴⁸

Esta propuesta fue inmediatamente aplaudida desde las páginas de sus amigos de *El Artista*, desde donde se propuso que esta iniciativa de Musso, «tan conocido por sus vastos conocimientos en literatura cuanto por su ilustrado amor a las artes», fuera seguida por todas las capitales de provincia españolas. La iniciativa fue aprobada por Real Orden de 16 de septiembre de 1835, pero ya tuvo que ser dirigida por el sustituto de Musso en el gobierno civil, José Antonio Arespachaga, pasando a nombrarse una Comisión del Museo y que, al cabo de los años, se formase el Museo de Bellas Artes de Sevilla (Besa, 2018: 44-46). Como muestra su correspondencia con Fermín de la Puente recogida en su *Diario*, Musso permanecería muy atento a la creación de este museo sevillano durante los años siguientes, pensando incluso en dedicarse a la redacción de su catálogo de obras.

En 1837 Musso comienza a frecuentar otra nueva institución, el Liceo Artístico y Literario fundado por José Fernández de la Vega durante el mes de mayo de ese mismo año. Su amigo, el pintor José Gutiérrez de la Vega (1781-1865), le invitó a participar en las reuniones que se daban cita en la casa del propio fundador, en la calle Gorguera número 13. El *Diario* de Musso es una de las mejores fuentes para conocer los primeros pasos de este nuevo centro artístico y literario, que nacía también con una evidente intencionalidad

⁴⁸ Carta de Musso a José de Madrazo del 12 de agosto de 1835 (Archivo Particular).

educativa y el objetivo de crear cátedras, exposiciones de pintura y muestras periódicas de habilidades artístico-literarias (Pérez Sánchez, 2005: 52-54). La finalidad fundamental de esta sociedad era la de lograr el fomento y la prosperidad de las bellas artes, tal y como se expone en el artículo número I de sus *Constituciones*, que fueron elaboradas durante el año 1838. Nada se podía adecuar mejor a los gustos de José Musso.

El lorquino también participó en la revista del Liceo y, aunque no pudo entregar su texto sobre las escuelas españolas de pintura para el primer número, tal y como había prometido a Fernández de la Vega, terminaría apareciendo en el número 6, en 1838 (Pérez Sánchez, 2006). El artículo, «De la escuela moderna de pintura», es un relato especialmente interesante, primero gracias al recorrido que realiza por la historia de escuela española, donde por ejemplo subraya la singularidad de Goya. Algo que ya había manifestado en sus cartas a José de Madrazo, donde explicaba su intención de que el maestro aragonés apareciese con varias de sus obras en la *Colección Litográfica* (García López, 2020b). Pero también por la descripción de las tendencias de los pintores españoles contemporáneos, a los que conocía especialmente bien. Su relación con Madrazo era estrechísima, a Vicente López lo trataba y estimaba, eran frecuentes sus visitas a las casas y talleres de Genaro Pérez Villaamil y José Gutiérrez de la Vega y estaba al tanto de sus iniciativas. Así, por ejemplo, el 6 de mayo de 1837 daba noticia de cómo los pintores Antonio María Esquivel y José Elbo se reunían en casa de Gutiérrez de la Vega para pintar, incluso llevando una modelo que les servía para realizar academias, la intención del grupo era, según Musso, «restablecer la escuela española».

En esas fechas, habiendo abandonado la actividad política de primera fila y cancelado definitivamente el proyecto de la *Colección Litográfica*, los artículos de Musso sobre arte e historia se hicieron más frecuentes en diferentes publicaciones, especialmente en *La España*, en la que nuestro literato publicará sendas críticas a las exposiciones del Liceo y de la Real Academia de San Fernando en septiembre y octubre de 1837. Allí también comenzó a escribir unos interesantes estudios sobre la Edad Media en relación con la obra de teatro *Doña María de Molina*, que había estrenado con gran éxito su joven amigo Roca de Togores.

Musso ofrece una preciosa información sobre la gestación de esta obra y su actuación como asesor histórico y literario a algunos amigos dramaturgos. A estas alturas, nuestro literato era reconocido como un estudioso de la investigación histórica y, especialmente, del pasado medieval español. Su discurso de recepción en la Real Academia de Ciencias Naturales lo había dedicado a la investigación en el pasado, titulándolo «De la certidumbre histórica», y fue publicado en el primer tomo de la *Revista de Madrid* en 1838. El lorquino había recibido la comisión de revisar la *Crónica de Fernando IV* que la Real Academia de la Historia quería publicar. Musso se llevó esta documentación a Lorca cuando tuvo que regresar a su localidad natal durante el verano de 1830. Sin embargo, no comenzaría a trabajar sobre el tema hasta el 20 de agosto del año siguiente. Fue una labor que nunca llevó a término, y cuyo trabajo seguramente fue aprovechado posteriormente en las *Memorias de D. Fernando IV de Castilla*, publicado por Antonio Benavides para la Real Academia de la Historia en 1860. Junto al trabajo sobre el rey castellano, Musso comenzó a interesarse por la personalidad de la madre del monarca, la llamada María de Molina, a la que quiso dedicar un estudio del que solo conocemos un pequeño fragmento publicado por Eugenio de Ochoa (1840: II 509-514) y que posteriormente volvió a aparecer en el *Album pintoresco universal* en 1843.

Musso menciona la elaboración y desarrollo de la obra de Roca de Togores, que tanto revuelo causó en su estreno en 1837 por sus declaradas vinculaciones con la política contemporánea. En ella se trataba de reivindicar a la reina gobernadora, María Cristina de

Borbón, a través de un personaje de la historia española que también había ejercido un papel similar, María de Molina (1261-1321), tutora hasta que su hijo, el rey de Castilla Fernando IV, llegó a la mayoría de edad. Fue en julio de 1836 cuando Musso, en una conversación con el famoso actor Carlos Latorre y el propio Mariano Roca, se enteró de que este había compuesto «un drama romántico sobre D^a María la Grande», y añadió un expresivo «Chúpate esa».⁴⁹

A los pocos días, Musso fue invitado a la lectura del drama en cinco actos, que terminó de leer en su casa, donde anotó que «su argumento se reduce a describir las maquinaciones y estorbos que se opusieron a aquella célebre Reina al principio de su regencia y la victoria que al fin consiguió de todos sus enemigos». Es decir, que lograba plenamente la intencionalidad política que pretendía para la situación de aquellos días. A Musso le pareció que el drama podía ser considerado histórico, porque se desviaba muy poco de la verdad, aunque opinaba que el papel principal de la reina requería «más realce».⁵⁰ Durante las jornadas siguientes, Roca seguiría cuestionando a Musso sobre detalles históricos para su drama, e incluso le manifestó que la figura de San Fernando sería excelente para una epopeya, pero que no se consideraba con fuerzas para emprender una nueva obra. A pesar de los sucesos de La Granja de ese agosto, Roca y Musso siguieron trabajando en la obra *María la Grande*, haciendo lecturas y corrigiendo su estilo durante el mes de septiembre, pero la llegada del drama a las tablas se retrasó. Finalmente, la obra sería estrenada el 23 de julio de 1837, día de la onomástica de la regente, por lo que la intencionalidad política de la obra no sorprendió a nadie (Ribao, 2002). El éxito de la obra no solo tuvo una importante repercusión en la proliferación de otros dramas de corte histórico, sino también en las producciones artísticas (Martínez Plaza, 2020). El propio Musso asistió a la inauguración, escribiendo en su *Diario* una cumplida crónica del evento, citando a los actores —algunos de los cuáles él conocía bien como el citado Carlos Latorre— y señalando que el autor, a diferencia de otros modernos, había conservado la verdad histórica de los hechos, por lo que le auguraba un notable futuro.⁵¹

Musso escribió sobre las obras teatrales que últimamente habían sustituido las traducciones de obras extranjeras con argumentos de la historia nacional, y se refirió concretamente al drama *Doña María de Molina* de Mariano Roca de Togores, en un artículo de *La España*. Sentenciaba que era necesario que estas obras se escribiesen teniendo en cuenta las primeras fuentes y crónicas: «Hay que desenterrar diplomas y códices que yacen en bibliotecas y archivos, pasto de polillas y ratones». Él mismo se ofrecía como historiador al señalar que, ya que tenía tan malos pies para ascender al Parnaso, podía realizar la dura tarea de desbrozar el camino a los jóvenes poetas: «ciertamente no es indecoroso suministrar al ingenio español materiales para su mayor lucimiento».⁵² Lo cierto es que por esos días Musso recibió la visita de varios jóvenes autores que querían verificar sus dramas históricos bajo su censura profesional.

En diciembre de 1836 no pudo asistir a la lectura de *Los amantes de Teruel* de Juan Eusebio Hartzenbusch, de la que ya había tenido noticias en octubre por los elogios que dedicaba a la obra Ventura de la Vega. Fue Mariano Roca quien se la leyó. Musso consideraba que en la relación confusa de incidentes no había mucho arte, pero que el autor había sabido sacar partido de las situaciones que podían causar efecto en el teatro. El drama se estrenó finalmente en enero de 1837 contando con la crítica de Larra en *El Español*. Más controvertida resultó la lectura de *Carlos II el hechizado*, de Antonio Gil y

49 Entrada al *Diario* de Musso del 28 de julio de 1836 (AMC).

50 Entrada al *Diario* de Musso del Primero de agosto de 1836 (AMC).

51 Entrada al *Diario* de Musso del 25 de julio de 1837 (AMC).

52 *La España*, n.º 52, 21 de agosto de 1837 s. p.

Zárate, que tuvo lugar en presencia de varios literatos. Musso solo aguantó el primer acto, calificando la obra de «drama sacrílego y escandaloso. Confunda Dios tales dramas y a quienes inventaron tal género».⁵³

Uno de los asistentes a esta lectura, Bretón de los Herreros, con el que Musso había compartido tantos encuentros en cafés, comidas y mascaradas, volvió al tema de Fernando IV en su obra *D. Fernando el Emplazado*, cuyo manuscrito llevó a revisar a Musso —experto como vimos en el tema— el 23 de octubre de 1837. El lorquino leyó el texto los días siguientes, opinando que el autor seguía de cerca los hechos históricos y entregándole un «papelito» con las observaciones que había considerado debían modificarse. Volvieron a discutir sobre el argumento de la obra en los días siguientes y el drama se estrenaría en diciembre de ese mismo año.⁵⁴

Desde finales de 1837, Musso cada vez excusó con mayor frecuencia su asistencia a varios actos, o justificó el retraso al enviar artículos a sus problemas de salud, por lo que su vida social se fue restringiendo poco a poco. Seguramente la causa era el desarrollo del cáncer de próstata que acabaría con su vida a finales del mes de julio de 1838, tras una sucesión de desafortunadas operaciones. Desaparecía así un personaje realmente significativo en la cultura de la época, muy representativo de una sociedad decimonónica que se abría al liberalismo, y en la que la presencia de la literatura y las artes iban cobrando un peso cada vez mayor en la sociedad de su tiempo.

BIBLIOGRAFÍA CITADA

- ALMAGRO-GORBEA, Martín (s. a.), «Sabau y Blanco, José», en *Diccionario Biográfico Español*, Real Academia de la Historia. <https://dbe.rah.es/biografias/24393/jose-sabau-y-blanco> (consultado el 26/6/2021).
- ALMAGRO-GORBEA, Martín (2002), «La Real Academia de la Historia y la arqueología española», en *Historia de la Arqueología Española. Las instituciones*, Madrid, Museo de San Isidro, 2002, pp. 47-81.
- ÁLVAREZ BARRIENTOS, Joaquín (ed.) (2004), *Se hicieron escritores para ser políticos. Cultura y política en la España de Carlos IV y Fernando VII*, Madrid, Biblioteca Nueva – Servicio de Publicaciones de la Universidad de Cádiz.
- ÁLVAREZ BARRIENTOS, Joaquín (2017), *Cultura y ciudad. Madrid, del incendio a la maqueta (1701-1833)*, Madrid, Abada Ediciones.
- ARTOLA, Miguel (1957), «Estudio preliminar» a *Memoria de D. Miguel José de Azanza y D. Gonzalo O'Farri. Sobre los hechos que justifican su conducta política, desde marzo de 1808 hasta abril de 1814*, en *Memorias de tiempos de Fernando VII*, I, BAE, t. 97, edición de Miguel Artola, Madrid, pp. V-XLIV.
- ARZADUN, Juan (1942), *Fernando VII y su tiempo*, Madrid, Editorial Svmma.
- BELLO, Josefina (1997), *Frailes, intendentes y políticos: los bienes nacionales, 1835-1850*, Madrid, Taurus.
- BERAZALUCE, Ana María (1983), *Sebastián Miñano y Bedoya (1779-1845)*, Pamplona, Ediciones Universidad de Navarra.
- BESA GUTIÉRREZ, Rafael de (2018), *El Museo de Bellas Artes de Sevilla en el siglo XIX*, Sevilla, Diputación de Sevilla.
- BURDIEL, Isabel (1987), *La política de los notables (1834-1836)*, Valencia, Edicions Alfons El Magnànim, Institutió Valenciana d'Estudis i Investigació.

⁵³ Entrada al *Diario* de Musso del 7 de mayo de 1837 (AMC).

⁵⁴ Entradas al *Diario* de Musso del 23 de octubre a 1 de noviembre de 1837 (AMC).

- BURGOS, Javier de (1850), *Anales del reinado de D^a Isabel II*, Madrid, Establecimiento Tipográfico de Mellado, 6 vols.
- CABALLÉ, Anna (2005), «Biografía y autobiografía: convergencias y divergencias entre ambos géneros», en James Charles David e Isabel Burdiel (eds.), *El otro, el mismo. Biografía y autobiografía en Europa (siglos XVII-XX)*, Valencia, Universidad de Valencia, pp. 49-61.
- CABALLÉ, Anna (2015), *Pasé la mañana escribiendo. Poética del diarismo español*, Barcelona, Fundación José Manuel Lara.
- CAVAILLON GIOMI, Joan (2009), «Pedro María Olive (1768-1843), employé de l'État, homme de Lettres et journaliste», *El Argonauta Español*, nº 6. <https://journals.openedition.org/argonauta/530> (consultado el 15/6/2021)
- CHAMORRO Y BAQUERIZO, Pedro (1851-1854), *Estado mayor general del ejército español. Historia del ilustre cuerpo de oficiales generales formada con las biografías de los que más se han distinguido e ilustrada con los retratos de cuerpo entero. Escrita y publicada bajo la dirección del oficial del arma de infantería don Pedro Chamorro y Baquerizo, precedida de un prólogo del Excmo. Sr. teniente general D. Evaristo San Miguel*, 2^o edición, Madrid, Imprenta de Tomás Fortanet, tomo III.
- COOPER-RICHET, Diana (2014), «Apuntes para una historia de la librería Denné (1785-1885)», *Orbis Tertius*, v. XIX, nº 20, pp. 148-154.
- CRESPO DELGADO, Daniel (2020), «Luces y Museo. Lo público y el público de las bellas artes en la Ilustración española», en Joaquín Álvarez Barrientos y Daniel Crespo Delgado (eds.), *El Museo del Prado en 1819. Opinión pública, cultura y política*, Madrid, Museo Nacional del Prado, pp. 38-49.
- DE LA GUARDIA HERRERO, Carmen (2014), «Las culturas de la sociabilidad y la transformación de lo político», en María Cruz Romeo y María Sierra (coords.), *La España Liberal 1833-1874. Historia de las culturas políticas en España y América Latina*, Madrid, Marcial Pons, Prensas de la Universidad de Zaragoza, pp. 189-215.
- DURÁN LÓPEZ, Fernando (1997), *Catálogo comentado de la Autobiografía Española en los siglos XVIII y XIX*, Madrid, Ollero y Ramos.
- DURÁN LÓPEZ, Fernando (2004), «“Entrar dentro de sí mismos”: la crisis del Antiguo Régimen en las autobiografías de sus protagonistas», en Joaquín Álvarez Barrientos (ed.), *Se hicieron escritores para ser políticos. Cultura y política en la España de Carlos IV y Fernando VII*, Madrid, Biblioteca Nueva – Servicio de Publicaciones de la Universidad de Cádiz, pp. 331-372.
- ESCOBAR, José y Joaquín ÁLVAREZ BARRIENTOS (1994), «Introducción biográfica y crítica» a Ramón de Mesonero Romanos, *Memorias de un setentón*, Madrid, Castalia, pp. 11-74.
- EUSEBI, Luis (1828), *Noticia de los cuadros que se hallan colocados en la Galería del Museo del Rey sito en el Prado de esta corte*, Madrid, por la Hija de D. Francisco Martínez Dávila, impresor de cámara de S. M.
- FUENTES Y PONTE, Javier (1883), *Sumario del descubrimiento de los restos de D. Diego Saavedra Fajardo*, Murcia, Imprenta de «El Diario».
- GARCÍA LÓPEZ, David (2017-2018), «Juan Agustín Ceán Bermúdez al servicio de José I: la actividad en el Ministerio de Negocios Eclesiásticos durante la Guerra de la Independencia», *Boletín de la Real Academia de Bellas Artes de San Fernando*, nº 119-120, pp. 51-91.
- GARCÍA LÓPEZ, David (2020a), «Haciendo historia de las bellas artes entre el Antiguo Régimen y la modernidad», en David García López y Elena M^a Santiago Páez (dirs.), *Ceán Bermúdez y la historiografía de las bellas artes*, Gijón, Trea, Instituto Feijoo de Estudios del Siglo XVIII, pp. 249-272.
- GARCÍA LÓPEZ, David (2020b), «La Colección Litográfica y la literatura del Prado», en Joaquín Álvarez Barrientos y Daniel Crespo Delgado (eds.), *El Museo del Prado en 1819. Opinión pública, cultura y política*, Madrid, Museo Nacional del Prado, pp. 192-204.

- GARCÍA LÓPEZ, David (2022), «*La Colección Litográfica de los Cuadros del Rey de España. Proyectos y realidades de Musso Valiente y José de Madrazo*», en David García López y Jorge Maier Allende, *Fijar profundamente en el ánimo. Arte, ciencia, historia y literatura en el grabado español de los siglos XVIII y XIX*, Madrid, Museo Casa de la Moneda, pp. 355-396.
- GARCÍA LÓPEZ, David y Daniel CRESPO DELGADO (2016), «Obras crepusculares», en Elena M^a Santiago Páez (dir.), *Ceán Bermúdez. Historiador del arte y coleccionista ilustrado*, Madrid, Biblioteca Nacional de España, pp. 281-291.
- GIL NOVALES, Alberto (1983), «El movimiento juntero de 1835 en Andalucía», *Cuadernos de Filología, Literatura: análisis* III, 3, pp. 85-1983.
- GILARRANZ IBÁÑEZ, Ainhoa (2021), *El Estado y el arte. Historia de una relación simbiótica durante la España liberal (1833-1875)*, Valencia, Universitat de València.
- GONZÁLEZ LÓPEZ, Carlos y Montserrat MARTÍ AYXELÁ (1994), *Federico de Madrazo (1815-1894)*, Madrid, Museo Romántico.
- GUÍA (1838), *Guía de forasteros en Madrid para el año de 1838*, Madrid, Imprenta Nacional.
- GUIRAO GARCÍA, Juan (2000), «José Musso Valiente y las Bellas Artes», en *José Musso Valiente (1785-1838) vida y obra. Nuevas aportaciones*, Lorca, Ayuntamiento de Lorca, pp. 85-119.
- JURETSCHKE, Hans (1951), *Vida, obra y pensamiento de Alberto Lista*, Madrid, CSIC, Escuela de Historia Moderna.
- LARRA, Mariano José de (2009), *Obras completas*, edición de Joan Estruch Tobella, Madrid, Cátedra, 2 vols.
- LA PARRA, Emilio (2018), *Fernando VII. Un rey deseado y detestado*, Barcelona, Tusquets.
- LÓPEZ TABAR, Juan (2001), *Los famosos traidores. Los afrancesados durante la crisis del Antiguo Régimen (1808-1833)*, Madrid, Biblioteca Nueva.
- LUIS, Jean-Philippe (2002), *L'Utopie réactionnaire. Épuration et modernization de l'État dans l'Espagne de la fin de l'Ancien Régime (1823-1834)*, Madrid, Casa de Velázquez.
- MADRAZO, José de (1998), *Epistolario*, coordinación de José Luis Díez, Santander, Fundación Marcelino Botín.
- MADRAZO, Pedro (1843), *Catálogo de los cuadros del Real Museo de pintura y escultura de S. M. redactado con arreglo a las indicaciones del Director actual de este Real Establecimiento, por D. Pedro de Madrazo*, Madrid, oficina de Aguado, impresor de cámara.
- MAIER ALLENDE, Jorge (2003), *Noticias de Antigüedades de las Actas de Sesiones de la Real Academia de la Historia (1792-1833)*, Madrid, Real Academia de la Historia.
- MAIER ALLENDE, Jorge (2020), «Juan Agustín Ceán Bermúdez y las antigüedades españolas», en David García López y Elena M^a Santiago Páez (dirs.), *Ceán Bermúdez y la historiografía de las bellas artes*, Gijón, Trea, Instituto Feijoo de Estudios del Siglo XVIII, pp. 113-128.
- MARICHAL, Carlos (1980), *La revolución liberal y los primeros partidos políticos en España 1834-1844*, Madrid, Cátedra.
- MARTÍN VILLA, Antonio (1872), «Noticias de la vida del Sr. D. Félix José Reinoso», en *Obras de D. Félix José Reinoso*, Sevilla, Sociedad de Bibliófilos Andaluces, Sevilla, t. 1, pp. v-CCXI.
- MARTÍNEZ PLAZA, Pedro J. (2020), «María de Molina y las diferentes lecturas sobre una mujer heroica en la España del siglo XIX», *Cuadernos de Ilustración y Romanticismo*, n^o 26, pp. 274-289.
- MARTÍNEZ RODRÍGUEZ, Andrés (2006), «José Musso Valiente y la creación de un museo de antigüedades», en Santos Campoy García, Manuel Martínez Arnaldos y José Luis Molina Martínez (coords.), *José Musso Valiente y su época (1785-1838): la transición del Neoclasicismo al Romanticismo*, Murcia, Ayuntamiento de Lorca, Universidad de Murcia, vol. 1, pp. 111-120.
- MARTÍNEZ TORRÓN, Diego (1991), «Correspondencia inédita de Alberto Lista con José Musso y Valiente (1828-1833) y algunos poemas inéditos», *Boletín de la Real Academia Española*, tomo LXXI, cuaderno CCLIII, pp. 301-352.

- MATILLA, José Manuel y Javier PORTÚS (2004), «Ni una pulgada sin cubrir». La ordenación de las colecciones en el Museo del Prado, 1819-1920», en Cat. Exp. *El grafoscopio. Un siglo de miradas al Museo del Prado (1819-1920)*, Madrid, Museo del Prado, pp. 15-124.
- MESONERO ROMANOS, Ramón de (1831), *Manual de Madrid. Descripción de la Corte y de la Villa* Madrid, Imprenta de D. M. de Burgos.
- MESONERO ROMANOS, Ramón de (1844), *Manual histórico-topográfico administrativo y artístico de Madrid*, Madrid, Imprenta de Yenes.
- MESONERO ROMANOS, Ramón (1994), *Memorias de un setentón*, edición de José Escobar y Joaquín Álvarez Barrientos, Madrid, Editorial Castalia, Comunidad de Madrid.
- MIÑANO, Sebastián de (1826-1829), *Diccionario geográfico-estadístico de España y Portugal, dedicado al Rey nuestro Señor*, Madrid, Imprenta de Pierart-Peralta, 11 vols.
- MOLINA MARTÍNEZ, José Luis (s. a.), «Oreiro Lema, Manuela», en *Diccionario Biográfico de los Españoles*, Real Academia de la Historia. <http://dbe.rah.es/biografias/7315/maria-manuela-oreiro-lema> (consultado 15/6/2021)
- MOLINA MARTÍNEZ, José Luis (1999a), *José Musso Valiente (1785-1833): humanismo y literatura ilustrada*, Real Academia Alfonso x el Sabio, Universidad de Murcia.
- MOLINA MARTÍNEZ, José Luis (1999b), «Contestaciones de Sebastián de Miñano y Bedoya a cartas de José Musso y Valiente (1829-1835)», *Boletín de la Biblioteca de Menéndez Pelayo*, nº 75, pp. 147-229.
- MOLINA MARTÍNEZ, José Luis (2000), «Apuntes para una psicobiografía de José Musso Valiente. El Diario (1827-1838) y sus cartas familiares como fuentes de información. Un acercamiento a su condición humana», en *José Musso Valiente (1785-1838) vida y obra. Nuevas aportaciones*, Lorca, Ayuntamiento de Lorca, pp. 11-42.
- MOLINA MARTÍNEZ, José Luis (2001a), «Contestaciones de Diego Clemencín a cartas de José Musso Valiente (1829-1833)», *Murgetana*, nº 105, pp. 63-92.
- MOLINA MARTÍNEZ, José Luis (2001b), «José Musso y Valiente en la Real Academia Española según su *Diario* (1829-1837). Su intervención en el *Diccionario* y en la *Gramática de la Lengua Castellana*», *Boletín de la Real Academia Española*, tomo LXXXI, cuaderno CCLXXXIII, pp. 255-320.
- MOLINA MARTÍNEZ, José Luis (2004), Edición e Introducción a José Musso Valiente, *Obras*, Murcia, Ayuntamiento de Lorca, Universidad de Murcia, 3 vols.
- MOLINA MARTÍNEZ, José Luis (2005), «Relación de José Musso Valiente con pintores andaluces en el bienio 1836-1837. Posible atribución de un retrato suyo a José Gutiérrez de la Vega», *Alonso Cano. Revista Andaluza de Arte*, nº 8, pp. 7-24.
- MOLINA MARTÍNEZ, José Luis (2006), «Un punto oscuro en la vida política de Musso: el Gobierno Civil de Sevilla», en Santos Campoy García, Manuel Martínez Arnaldos y José Luis Molina Martínez (coords.), *José Musso Valiente y su época (1785-1838): la transición del Neoclasicismo al Romanticismo*, Murcia, Ayuntamiento de Lorca, Universidad de Murcia, vol. 1, pp. 159-168.
- MOLINA MARTÍNEZ, José Luis (2010), «Manuel Bretón de los Herreros en el *Diario* de José Musso Valiente», *Berceo*, nº 158, pp. 31-46.
- MOLINA MARTÍNEZ, José Luis y María Belén MOLINA JIMÉNEZ (2003), *María Manuela Oreiro Lema (1818-1854) en el Diario de José Musso Valiente (La ópera en Madrid en el bienio 1836-1837)*, Murcia, Universidad de Murcia.
- MOLINER, Antonio (1997), Antonio Moliner, *Revolución burguesa y movimiento juntero en España (la acción de las juntas a través de la correspondencia diplomática y consular francesa, 1808-1868)*, Lleida, Milenio.
- MOLÍNS, marqués de; Mariano Roca de Togores (1883), *Bretón de los Herreros: recuerdos de su vida y de sus obras escritos por el marqués de Molíns*, Madrid, Imp. y Fundición de M. Tello.

- MORAL RONCAL, Antonio (2018), «La Real Casa y Patrimonio en el reinado de Fernando VII (1814-1833)», en Raquel Sánchez y David San Narciso (coords.), *La cuestión de Palacio. Corte y cortesanos en la España contemporánea*, Granada, Editorial Comares, pp. 155-183.
- MORANGE, Claude (2019), *En los orígenes del moderantismo decimonónico. El Censor (1820-1822). Promotores, doctrina e índice*, Salamanca, Ediciones Universidad de Salamanca.
- MORATÍN, Leandro Fernández de (1830), *Obras de D. Leandro Fernández de Moratín, dadas a luz por la Real Academia de la Historia, Tomo I. Orígenes del teatro español. Parte primera*. Madrid, por Aguado, Impresor de Cámara de S. M. y de la Real Casa.
- MORENO ALONSO, Manuel (2011), *Sevilla napoleónica*, Sevilla, Universidad de Sevilla, 2ª ed.
- MUNUERA RICO, Domingo (2006), «Los de los años 1822-1823, tiempos borrascosos en la vida de José Musso», en Santos Campoy García, Manuel Martínez Arnaldos y José Luis Molina Martínez (coords.), *José Musso Valiente y su época (1785-1838): la transición del Neoclasicismo al Romanticismo*, Murcia, Ayuntamiento de Lorca, Universidad de Murcia, pp. 121-128.
- MUSSO VALIENTE, José (1817) «Muerte de D. Juan Meléndez Valdés, y noticia de su vida y obras», en *Minerva o el Revisor General*, t. X, nº VI, 7 de agosto de 1817, pp. 45-48.
- MUSSO VALIENTE, José (2004), *Obras*, edición de José Luis Molina Martínez, Murcia, Ayuntamiento de Lorca, Universidad de Murcia, 3 vols.
- NIETO, Alejandro (1996), *Los primeros pasos del Estado constitucional. Historia administrativa de la Regencia de María Cristina de Borbón*, Barcelona, Editorial Ariel.
- OCHOA, Eugenio de (1840), *Apuntes para una biblioteca de escritores españoles contemporáneos en prosa y en verso*, París, Baudry, Librería Europea, 2 vols.
- PASTOR DÍAZ, Nicomedes y Francisco de CÁRDENAS (1845), *Galería de españoles célebres contemporáneos o Biografías y retratos de todos los personajes distinguidos de nuestros días en las ciencias, en la política, en las armas, en las letras y en las artes*, Madrid, Ignacio Boix, vol. 7.
- PEÑA, María Antonia (2014), «Escritura y política en la España del siglo XIX», en María Cruz Romeo y María Sierra (coords.), *La España Liberal 1833-1874. Historia de las culturas políticas en España y América Latina*, Madrid, Marcial Pons, Pressas de la Universidad de Zaragoza, pp. 163-187.
- PÉREZ NÚÑEZ, Javier (2013), «La regente María Cristina en el Madrid del verano de 1837: entre la ciudad amenazada y la ciudad clandestina», en Encarna García Monerris, Mónica Moreno Seco, Juan I. Marcuello Benedicto (eds.), *Culturas políticas monárquicas en la España Liberal. Discursos, representaciones y prácticas (1808-1902)*, Valencia, Universidad de Valencia, pp. 89-108.
- PÉREZ SÁNCHEZ, Aránzazu (2005), *El Liceo Artístico y Literario de Madrid (1837-1851)*, Madrid, FUE.
- PÉREZ SÁNCHEZ, Aránzazu (2006), «José Musso Valiente en el Liceo Artístico y Literario de Madrid», en Santos Campoy García, Manuel Martínez Arnaldos y José Luis Molina Martínez (coords.), *José Musso Valiente y su época (1785-1838): la transición del Neoclasicismo al Romanticismo*, Murcia, Ayuntamiento de Lorca, Universidad de Murcia, vol. 1, pp. 263-272.
- PUENTE Y APEZECHEA, Fermín (1838), *A la grata memoria del señor D. José Musso y Valiente, para gloria y ejemplo de los suyos, recuerdo de sus amigos, y gratitud de la Patria consagra esta noticia de su vida su hijo, discípulo y mejor amigo Fermín de la Puente y Apezchea*, Madrid, Oficina de don Tomás Jordán.
- QUINTANILLA, Ana Isabel (2000), «La biblioteca de Pedro José Pérez Valiente», *Cuadernos de Historia Moderna*, nº 24, pp. 11-21.
- RIBAO PEREIRA, Montserrat (2002), «La teorización política en el drama romántico español: Doña María de Molina, de Mariano Roca de Togores», en VV. AA., *Los románticos teorizan sobre sí mismos. Actas del VIII Congreso*, Saluzzo, Centro Interdisciplinare di Studi Romantici, pp. 179-192.

- ROMEO MATEO, María Cruz (2012), «Un fenómeno no previsto: los partidos políticos», en Emilio La Parra López *et alii*, *El nacimiento de la política en España (1808-1869)*, Madrid, Editorial Pablo Iglesias, pp. 97-116.
- RUBIO CREMADES, Enrique (1995), *Periodismo y literatura: Ramón de Mesonero Romanos y El Semanario Pintoresco Español*, Alicante, Institut de Cultura Juan Gil-Albert.
- SAAVEDRA, Augusto de (1844), «Biografía de D. José Musso y Valiente», *La luz del Alba. Semanario de Ciencias y literatura*, nº 3, pp. 25-28.
- SÁNCHEZ GARCÍA, Raquel (2005), *Alcalá Galiano y el liberalismo español*, Madrid, Centro de Estudios Políticos y Constitucionales.
- SÁNCHEZ LLORENTE, Juan Ginés (2000), «José Musso Valiente, primer gobernador civil en Murcia (1834-1835)», en *José Musso Valiente (1785-1838) vida y obra. Nuevas aportaciones*, Lorca, Ayuntamiento de Lorca, pp. 43-83.
- SANTIAGO PÁEZ, María Elena (dir.) (2016), *Ceán Bermúdez. Historiador del arte y coleccionista ilustrado*, Madrid, Biblioteca Nacional de España, Centro de Estudios Europa Hispánica.
- SOTTO, Serafin María de, conde de Clonard (1879), *Discurso histórico sobre el traje de los españoles, desde los tiempos más remotos hasta el reinado de los Reyes Católicos*, Madrid, s. i.
- VEGA, Jesusa (1990), *Origen de la litografía en España. El Real Establecimiento litográfico*, Museo Casa de la Moneda, Madrid.
- VILAR GARCÍA, María José (2003), «Murcia en el nacimiento de la España contemporánea», *Boletín de la Real Academia de la Historia*, t. 200, cuaderno 3, pp. 417-435.
- VILAR RAMÍREZ, Juan Bautista (1998), «José Musso y la cultura española en la transición al Liberalismo (1827-1838)», en José Luis Molina Martínez (coord.), *José Musso Valiente (1785-1838). Vida y obra*, Fundación Centro de Estudios Históricos e Investigaciones Locales de la Región de Murcia, Lorca, pp. 45-63.
- VILAR RAMÍREZ, Juan Bautista (2000), «Luces y sombras en el panorama cultural español durante la fase final fernandina. La labor reactivadora del académico y polígrafo José Musso y Valiente: una primera aproximación», *Historia contemporánea*, nº 20, pp. 163-182.

